

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL



EN LENGUA ESPAÑOLA

*Unicuique suum**Non praevalent*

Año LX, número 4 (2.803)

Ciudad del Vaticano

27 de enero de 2023

El Papa preside la celebración de las vísperas de la Conversión de san Pablo

Oponernos a la guerra, a la violencia y a la injusticia

Una llamada ecuménica a oponerse «a la guerra, a la violencia y a la injusticia en todo lugar donde se insinúen», fue relanzada por el Papa Francisco en la basílica de San Pablo extramuros, con ocasión de las vísperas de la conversión del apóstol de las gentes, celebradas en miércoles por la tarde, 25 de enero, al concluir la Semana de oración por la unidad de los cristianos.

Acabamos de escuchar la Palabra de Dios que ha marcado esta Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. Son palabras fuertes, tan fuertes que podrían parecer inoportunas mientras tenemos la alegría de encontrarnos como hermanos y hermanas en Cristo para celebrar una liturgia solemne de alabanza en su honor. No faltan hoy noticias tristes y preocupantes, por lo que con gusto prescindiríamos de los "reproches sociales" de la Escritura. Y aún así, si prestamos atención a las inquietudes del tiempo en que vivimos, con mayor razón hemos de interesarnos en lo que hace sufrir al Señor, por quien vivimos. Y si nos hemos reunido en su nombre, no podemos más que poner al centro su Palabra, que es profética. En efecto, Dios, con la voz de Isaías, nos amonesta y nos invita al cambio. Amonestación y cambio son las dos palabras sobre las que quisiera proponerles algunas ideas esta tarde.

1. Amonestación. Volvamos a escuchar algunas palabras divinas: «Cuando ustedes vienen a ver mi rostro, [...] no me sigan trayendo vanas ofrendas; [...] cuando extienden sus manos, yo cierro los ojos; por más que multipliquen las plegarias, yo no escucho» (Is 1,12.13.15). ¿Qué es lo que suscita la indignación del Señor, al punto de reclamarle al pueblo que tanto ama con ese tono tan furioso? El texto nos revela dos motivos. En primer lugar, Él critica el hecho de que, en su templo, en su nombre, no se cumple lo que Él quiere. No quiere ni incienso ni ofrendas, sino que el oprimido sea socorrido, que se haga justicia al huérfano, que se defienda a la viuda (cf. v. 17). En la sociedad del tiempo del profeta, se había difundido la tendencia –lamentablemente siempre actual– de considerar que los bendecidos por Dios eran los ricos y aquellos que hacían muchas ofrendas, despreciando a los pobres. Pero esto es malinterpretar completamente al Señor. Jesús llama bienaventurados a los pobres (cf. Lc 6,20), y en la parábola del juicio final se identifica con los que tienen hambre, los que tienen sed, los que están de paso, los necesitados, los enfermos y los encarcelados (cf. Mt 25,35-36). Este es el primer motivo de la indignación: Dios sufre cuando nosotros, que nos decimos ser fieles suyos, anteponemos nuestra visión a la suya; seguimos los criterios de la tierra antes que los del cielo, conformándonos con la ritualidad exterior y quedándonos indiferentes delante de aquellos que más le importan a Él. Por tanto, Dios siente dolor, podríamos decir, por nuestra comprensión errónea e indiferente.

Además de esto, hay un segundo motivo, más grave, que ofende al Altísimo: la violencia sacrilega. Él dice:



La homilía de Francisco durante la misa celebrada en la basílica Vaticana

Dar "carne" a la Palabra que moldea, convierte, une

PÁGINA 3

Mensaje del Papa Francisco 57ª Jornada mundial de las comunicaciones sociales

Hablar con el corazón «En la verdad y en el amor»

PÁGINA 4

Mensaje del Papa para la 97ª Jornada mundial de las misiones

Corazones fervientes, pies en camino

PÁGINA 5

SIGUE EN LA PÁGINA 8

En el Ángelus el Papa reza también por Perú, Camerún y Ucrania

Se abra un tiempo nuevo de paz para Myanmar

Los sufrimientos de las poblaciones de Myanmar, Perú y la martirizada Ucrania, pero también las señales positivas que llegan desde Camerún —haciendo «esperar en un progreso hacia la solución del conflicto en las regiones anglófonas» del país africano— estuvieron en el centro de la reflexión del Pontífice en el Ángelus del 22 de enero. Asomándose a medio día a la ventana del Estudio privado del Palacio apostólico Vaticano, antes de la oración mariana con los fieles presentes en la plaza de San Pedro, como es habitual Francisco comentó el Evangelio del domingo deteniéndose en la llamada de los primeros discípulos de Jesús.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy el Evangelio de la Liturgia (Mt 4,12-23) narra la llamada de los primeros discípulos que, en el lago de Galilea, lo dejan todo para seguir a Jesús. Algunos de ellos ya lo conocían gracias a Juan el Bautista, y Dios había sembrado en ellos la semilla de la fe (cf. Jn 1,35-39). Y ahora Jesús vuelve a buscarlos al lugar donde viven y trabajan. El Señor nos busca siempre; el Señor siempre se acerca a nosotros, siempre. Y esta vez les hace un llamamiento directo: «Venid conmigo» (Mt 4,19). Y ellos «al instante, dejando las redes, le siguieron» (v. 20). Detengámonos en esta escena: es el momento del encuentro decisivo con Jesús, el momento que recordarán durante toda su vida y que entra en el Evangelio. Desde entonces siguen a Jesús, y para seguirlo, lo dejan todo.

Dejar para seguir. Siempre es así con Jesús. Se puede comenzar de alguna manera a sentir su atracción, quizás gracias a otros. Luego el conocimiento puede ser más personal y encender una luz en el corazón. Se convierte en algo hermoso que compartir: «Mira, ese pasaje del Evangelio me ha emocionado, esa experiencia de servicio me ha conmovido». Algo que te toca el corazón. Lo mismo habrán hecho los primeros discípulos (cf. Jn 1,40-42). Pero antes o después llega el momento en que hay que dejarlo todo para seguirle (cf. Lc 11,27-28). Y aquí hay que decidir: ¿dejo atrás algunas certezas y me embarco en una nueva aventura, o me quedo como soy? Es un momento decisivo para todo cristiano, porque se juega el sentido de todo lo demás. Si no se encuentra la valentía de ponerse en marcha, se corre el riesgo de quedarse como espectador de la propia existencia y vivir la fe a medias. Permanecer con Jesús, por lo tanto, requiere la valentía de dejar, de ponerse en camino. ¿Qué debemos dejar? Nuestros vicios, nuestros pecados, por supuesto, que son como anclas que nos sujetan a la orilla y nos impiden remar mar adentro. Para empezar a dejar es justo que empecemos pidiendo perdón, perdón por las cosas que no fueron buenas: dejo esas cosas y sigo adelante. Pero hay que dejar también lo que nos impide vivir plenamente, por ejemplo, los miedos, los cálculos egoístas, las garantías seguridad viviendo una vida mediocre. Y también hay que renunciar al tiempo que se pierde en tantas cosas inútiles. Qué her-

moso es dejar todo esto para vivir, por ejemplo, el arduo pero gratificante riesgo del servicio, o dedicar tiempo a la oración para crecer en la amistad con el Señor. Pienso también en una familia joven, que deja una vida tranquila para abrirse a la impredecible y hermosa aventura de la maternidad y de la paternidad. Es un sacrificio, pero basta una mirada a los hijos para comprender que era justo dejar ciertos ritmos y comodidades, para vivir esta alegría. Pienso en ciertas profesiones, por ejemplo, en un médico o en un profesional sanitario que han renunciado a mucho tiempo libre para estudiar y prepararse, y ahora hacen el bien dedicando muchas horas del día y de la noche, muchas energías físicas y mentales a los enfermos. Pienso en los trabajadores que dejan sus comodidades, que dejan el "dulce far niente", el placer de no hacer nada, para llevar el pan a casa. En fin, para realizar la vida hay que aceptar el reto de dejar. A ello nos invita Jesús a cada uno de nosotros. Y sobre esto os dejo algunas preguntas. En primer lugar: ¿recuerdo algún "momento fuerte" en el que ya haya encontrado a Jesús? Cada uno de nosotros piense en su propia historia: ¿ha habido en mi vida algún momento fuerte en el que encontré a Jesús? ¿Y algo hermoso y significativo que sucedió en mi vida por haber dejado atrás cosas menos importantes? Y hoy, ¿hay algo a lo que Jesús me pide que renuncie? ¿Cuáles son las cosas materiales, las formas de pensar, las actitudes que

necesito dejar atrás para decirle "sí" a Él? Que María nos ayude a decir, como ella, un sí pleno a Dios, a saber dejar algo atrás para seguirle mejor. No tengáis miedo de dejarlo todo si es para seguir a Jesús, siempre estaremos mejor y seremos mejores.

Al finalizar el Ángelus el Papa recordó el Domingo de la Palabra de Dios y dirigió una felicitación a los que en Extremo Oriente y en varias partes del mundo celebraban el fin de año lunar. Finalmente lanzó los llamamientos por Myanmar, Perú y Camerún y saludó a los varios grupos presentes, renovando la oración por la plena unidad de todos los cristianos —en la semana dedicada a ello— y por los ucranianos que sufren a causa de la guerra.

Queridos hermanos y hermanas:

Este tercer domingo del Tiempo Ordinario está dedicado de manera especial a la Palabra de Dios. Redescubramos con asombro el hecho de que Dios nos habla, especialmente a través de las Sagradas Escrituras. Leámoslas, estudiémoslas, meditémoslas, recémoslas. Leamos todos los días un pasaje de la Biblia, especialmente del Evangelio: ahí Jesús nos habla, nos ilumina, nos guía. Y os recuerdo lo que he dicho en otras ocasiones: tened un pequeño Evangelio, un Evangelio de bolsillo, para llevarlo en el bolso, siempre con nosotros; y cuando haya un momento durante el día leed algo del Evangelio. Es Jesús que nos acompaña. Un pequeño Evangelio de bolsillo, siempre con noso-

tros. Hoy deseo expresar mis votos de paz y todo bien a aquellos que celebran el Año Nuevo lunar en el Extremo Oriente y en varias partes del mundo. En esta alegre ocasión, sin embargo, no puedo dejar de expresar mi cercanía espiritual a todos los que atraviesan momentos de prueba provocados por la pandemia del coronavirus, en la esperanza de que pronto se superen las dificultades actuales. Finalmente, deseo que la amabilidad, la sensibilidad, la solidaridad y la armonía que viven las familias tradicionalmente reunidas en estos días, puedan impregnar y caracterizar siempre nuestras relaciones, familiares y sociales, para poder vivir una vida serena y feliz. ¡Feliz año nuevo! Mi pensamiento, con dolor, va en particular a Myanmar, donde ha sido incendiada y destruida la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción en la aldea de Chan Thar, uno de los lugares de culto más antiguos e importantes del país. Estoy cerca de la población civil indefensa, que en muchas ciudades está sometida a duras pruebas. Quiera Dios que este conflicto termine pronto y comience un nuevo tiempo de perdón, amor y paz. Recemos juntos a Nuestra Señora por Myanmar. ["Dios te salve María..."] Os invito a rezar también para que cesen los actos de violencia en Perú. La violencia apaga la esperanza de una solución justa de los problemas. Animo a todas las partes involucradas a emprender el camino del diálogo entre hermanos de una mis-



ma nación, en el pleno respeto de los derechos humanos y del Estado de derecho. Me uno a los obispos peruanos para decir: ¡No a la violencia, venga de donde venga! ¡No más muertes! Veo que hay peruanos en la plaza. Llegan señales positivas de Camerún, que permiten esperar en un progreso hacia la solución del conflicto en las regiones anglófonas. Animo a todas las partes firmantes del Acuerdo a perseverar en el camino del diálogo y la comprensión mutua, porque solo en el encuentro se puede planificar el futuro. Dirijo mi saludo a todos voso-

tros, procedentes de Italia y de otros países. Saludo a los peregrinos de Split, de Varsovia —hay muchos polacos, veo las banderas— y de Mérida, en Badajoz (España), así como a los de Ascoli Piceno, Montesilvano y Gela, al grupo de la Escuela "Ángel de la Guarda" de Alessandria, al de la Juventud Ardiente Mariana de Roma y a los miembros de la Asociación Católica de Psicología. En estos días, mientras rezamos en particular por la unidad plena de todos los cristianos, no nos olvidemos, por favor, de invocar la paz para la martirizada Ucrania: ¡que el Señor consuele y sostenga a ese pueblo que tanto sufre! ¡Sufrir mucho! Os deseo a todos un feliz domingo. También a los chicos de la Inmaculada. Y, por favor, no os olvidéis de rezar por mí. Buen almuerzo y hasta pronto.

Mensaje a los participantes de la quinta conferencia internacional «Por el equilibrio del mundo»

Las crisis se pueden afrontar solamente juntos

«Solo juntos podremos afrontar las diversas crisis morales, sociales, políticas y económicas que padecemos y que están todas interconectadas». Lo escribe el Papa en el mensaje enviado a los participantes de la quinta Conferencia internacional «Por el equilibrio del mundo» que se celebra en La Habana del 24 al 28 de enero.

Estimados delegados:

Un año más, se reúnen en esta Conferencia para conmemorar el nacimiento de José Martí, presentando su figura como acicate para despertar las conciencias de cuantos en el mundo están llamados a crear un clima de diálogo y fraternidad que pueda impulsar cambios significativos en las actuales circunstancias sociales y políticas.

Tales circunstancias, como he expresado en mi último discurso al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede, dan motivos de alarma y deben suscitar en nosotros un interés por ese cambio de rumbo. Para ello, sin embargo, considero importante que nuestra mirada no se fije tanto en lo que cada uno de nosotros, con la mejor de las intenciones, podría proponer, sino en la absoluta necesidad de sentarnos a escuchar a los demás. Urge construir puentes que puedan ayudarnos a encontrar juntos soluciones viables que no excluyan a nadie. To-

do desde el diálogo y con el horizonte amplio de la fraternidad universal (cf. Carta enc. *Fratelli tutti*, 142).

Me ha impactado releer unas palabras de José Martí ante la tumba del venerable Félix Varela, que pueden ser significativas en este contexto. Martí admira de Varela ciertamente su amor por su tierra y su gallardía en el denunciar lo que considera incompatible con el bien social —«dijo sin miedo lo que vio»—, pero, al mismo tiempo, resalta su mansedumbre, virtud esencial del gobernante, que debe guiar el diálogo social y político: «sin alocarse o apresurarse», teniendo el «justo respeto» a nuestro interlocutor para poder llegar a una solución concordada (cf. *Ante la tumba del Padre Varela*, en Patria, 6 agosto 1892).

Se trata, entonces, de mirar al pasado, de no renegar de nuestras raíces, que nos llevan a aprender de nuestros mayores, de la fe que los movió, de la coherencia de vida que esta fe les impulsó, de esa entrega al pueblo que no es otra cosa que el mandato del Señor de amarnos como Él nos ha amado (cf. Jn 13,34-35). A partir de esas raíces, Martí afirma cómo la figura del Padre Varela es capaz de concitar voluntades para un esfuerzo común. En ese escrito se habla de rendir homenaje al Padre Varela construyéndole un monumento. Es una actitud

loable, pero más allá del dato histórico, nos haría bien a todos también reflexionar si efectivamente estos modelos son usados como ejemplo de valores o más bien bandera de intereses.

Estimados delegados, en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, retomaba esta idea crucial: durante la pandemia muchos héroes han dado muestra de la fe, de la esperanza, de la entrega generosa que nace del amor de Dios impreso en la naturaleza de cada hombre (cf. Gn 1,26.27). Ellos nos reclaman, como los próceres que hoy los convocan, «a volver a poner la palabra "juntos" en el centro; en efecto, es juntos, en la fraternidad y la solidaridad, que podemos construir la paz, garantizar la justicia y superar los acontecimientos más dolorosos» (n. 3). Esta es la clave para recuperar el equilibrio que da nombre a vuestro encuentro, pues sólo juntos podremos afrontar las diversas crisis morales, sociales, políticas y económicas que padecemos y que están todas interconectadas (cf. n. 5). Que estos deseos puedan ayudarles en los trabajos que emprenden para el bien de todos los hombres.

Vaticano, 20 de enero de 2023

FRANCISCO

L'OSSERVATORE ROMANO

EDICIÓN SEMANAL EN LENGUA ESPAÑOLA

Unusquisque suum Non proculdubitan

Ciudad del Vaticano
redazione.spagnola.ort@spcva
www.osservatoreromano.va

ANDREA TORNIELLI
Director editorial
ANDREA MONDA
director

Silvina Pérez
jefe de la edición

Redacción
Piazza Pia, 3 - 00193 Roma
teléfono 39 06 698 45851

TIPOGRAFIA VATICANA EDITRICE
L'OSSERVATORE ROMANO

Servicio fotográfico:
teléfono +39 06 698 45793/45794
fax +39 06 698 84998
e-mail: pubblicazioni.photospcva
www.photospcva

Suscripción digital anual: 40 euros
Agencia de publicidad:
Il Sole 24 Ore S.p.A.
System Comunicazione Pubblicitaria
Via Monte Rosa, 91, 20149 Milano
segreteria@redirezione.system@ilsol24ore.com

En México: Arquidiócesis primada de México.
Dirección de Comunicación Social.
San Juan de Dios, 222-C. Col.
Villa Lázaro Cárdenas. CP 14370.
Del. Tlalpan. México, D.F.;
teléfono + 52 55 2652 99 55
fax + 52 55 5318 75 32
e-mail: suscripciones@semanariovaticano.mx

En Perú: Editorial salesiana,
Avenida Brasil 220, Lima 5, Perú
teléfono + 51 42 357 82
fax + 51 42 357 82
e-mail: editorial@salesianos.edu.pe

La homilía de Francisco durante la misa celebrada en la basílica Vaticana

Dar “carne” a la Palabra que moldea, convierte, une

«Sintámonos llamados por Jesús mismo a anunciar su Palabra, a testimoniarla en las situaciones de cada día, a vivirla en la justicia y la caridad, llamados a “darle carne” acariciando la carne de los que sufren. Esta es nuestra misión: convertirnos en buscadores del que está perdido, de quien se siente oprimido y desanimado, no para llevarles a nosotros mismos, sino el consuelo de la Palabra, el anuncio impetuoso de Dios que transforma la vida, para llevar la alegría de saber que Él es Padre y se dirige a cada uno»: esta es la consigna que el Papa Francisco encomendó a los que participaron en la misa celebrada por él en la basílica de San Pedro el domingo 22 con ocasión del Domingo de la Palabra de Dios. Publicamos a continuación la homilía pronunciada por el Pontífice.

Jesús abandona la vida tranquila y oculta de Nazaret y se traslada a Cafarnaún, ciudad situada a orillas del mar de Galilea, lugar de paso, encrucijada de pueblos y culturas diferentes. La urgencia que lo impulsa es el anuncio de la Palabra de Dios, que debe ser llevada a todos. De hecho, vemos en el Evangelio que el Señor invita a todos a la conversión y llama a los primeros discípulos para que transmitan



contrario, lo vemos como itinerante, lo vemos peregrino, recorriendo pueblos y aldeas, encontrando rostros e historias. Sus pies son los del mensajero que anuncia la buena nueva del amor de Dios (cf. *Is* 52,7-8). En la Galilea de las naciones, en el camino del mar, más allá del Jordán, donde Jesús fue a predicar, se hallaba —señala

va, “va más allá” para decirnos que la misericordia de Dios es para todos. No nos olvidemos de esto: la misericordia de Dios es para todos y cada uno de nosotros. “La misericordia de Dios es para mí”, esto puede decirse cada uno cada uno a sí mismo.

Este aspecto también es fundamental para nosotros. Nos recuerda que la Palabra es un don dirigido a cada uno y que, por tanto, nunca podemos restringirle el campo de acción, porque ella, más allá de todos nuestros cálculos, brota de manera espontánea, inesperada e imprevisible (cf. *Mc* 4,26-28), en los modos y tiempos que el Espíritu Santo conoce. Y si la salvación está destinada a todos, incluso a los más lejanos y perdidos, entonces el anuncio de la Palabra debe convertirse en la principal urgencia de la comunidad eclesial, como lo fue para Jesús. Que no nos suceda profesar la fe en un Dios de corazón ancho y ser una Iglesia de corazón estrecho me atrevo a decir que ésta sería una maldición; predicar la salvación para todos y hacer impracticable el camino para recibirla; que no nos pase sabernos llamados a llevar el anuncio del Reino y descuidar la Palabra, distrayéndonos en tantas actividades secundarias, o tantas discusiones secundarias. Aprendamos de Jesús a poner la Palabra en el centro, a ensanchar nuestras fronteras, a abrirnos a las personas, a generar experiencias de encuentro con el Señor, sabiendo que la Palabra de Dios «no se cristaliza en fórmulas abstractas y estáticas, sino que conoce una historia dinámica hecha de personas y de acontecimientos, de palabras y de acciones, de progresos y tensiones»^[1].

Pasemos ahora al segundo aspecto. La Palabra de Dios, que se dirige a todos, llama a la conversión. Jesús, en efecto, repite en su predicación: «Conviértanse, porque el Reino de los Cielos está cerca» (*Mt* 4,17). Esto significa que la cercanía de Dios

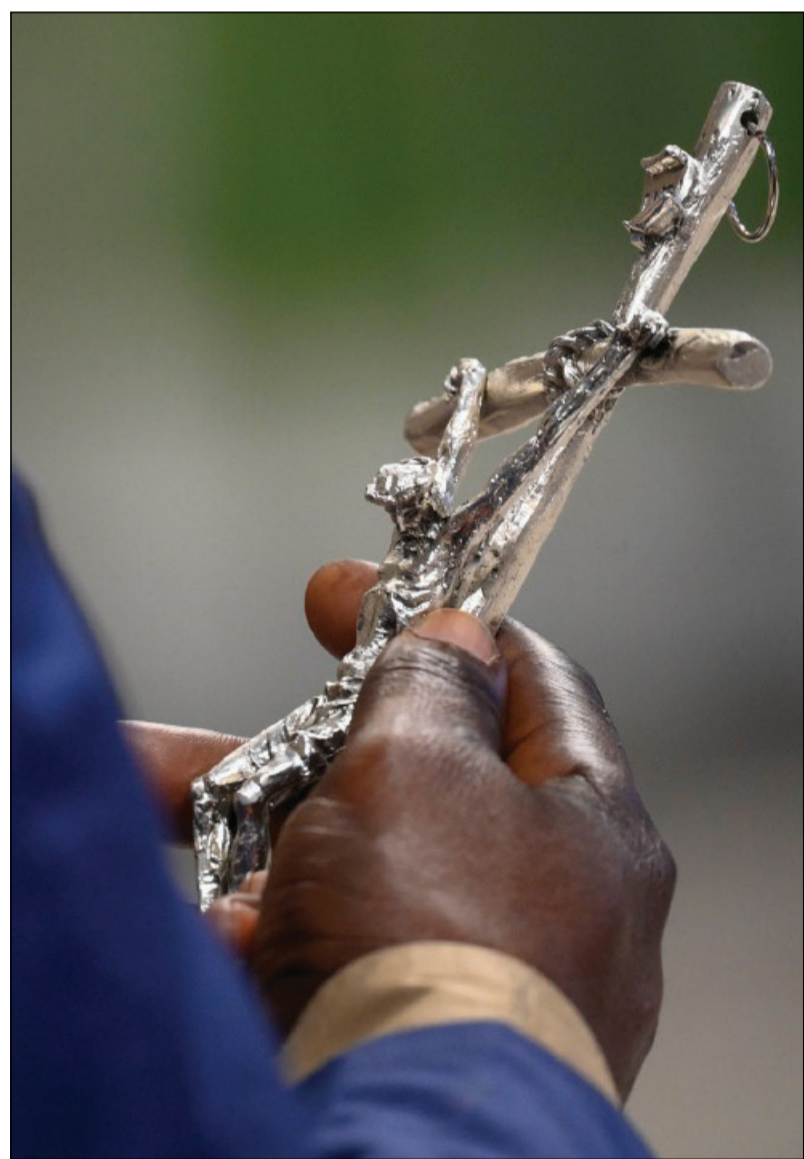
no es neutra, su presencia no deja las cosas como están, no preserva la vida tranquila. Al contrario, su Palabra nos sacude, nos inquieta, nos apremia al cambio, a la conversión; nos pone en crisis porque «es viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de doble filo [...] y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» (*Hb* 4,12). Y así, como una espada, la Palabra penetra

moldea, nos convierte y nos pide estar unidos en la única Iglesia de Cristo. Así pues, hermanos y hermanas, podemos preguntarnos: ¿dónde encuentra dirección mi vida, de dónde saca su orientación?, ¿de las muchas palabras que oigo, de las ideologías, o de la Palabra de Dios que me guía y purifica? Y, ¿cuáles son los aspectos en mí que requieren cambio y conversión?

esto no es proselitismo, porque quien llama es la Palabra de Dios, no nuestra palabra.

Por eso, consideremos que también hoy a nosotros se dirige la invitación a ser pescadores de hombres; sintámonos llamados por Jesús mismo a anunciar su Palabra, a testimoniarla en las situaciones de cada día, a vivirla en la justicia y la caridad, llamados a “darle carne” acariciando la carne de los que sufren. Esta es nuestra misión: convertirnos en buscadores del que está perdido, de quien se siente oprimido y desanimado, no para llevarles a nosotros mismos, sino el consuelo de la Palabra, el anuncio impetuoso de Dios que transforma la vida, para llevar la alegría de saber que Él es Padre y se dirige a cada uno, llevar la belleza de decir: “¡Hermano, hermana, Dios se ha hecho cercano a ti, escúchalo y en su Palabra encontrarás un don maravilloso!”.

Hermano y hermana, quisiera concluir invitando simplemente a agradecer a quienes dedican sus esfuerzos para que la Palabra de Dios vuelva a estar en el centro, sea compartida y proclamada. Gracias a quienes la estudian y profundizan en su riqueza; gracias a los agentes pastora-



también a los demás la luz de la Palabra (cf. *Mt* 4,12-23). Captemos este dinamismo, que nos ayuda a vivir el Domingo de la Palabra de Dios: la Palabra es para todos, la Palabra llama a la conversión, la Palabra hace anunciadores.

La Palabra de Dios es para todos. El Evangelio nos presenta a Jesús siempre en movimiento, en camino hacia los demás. En ninguna ocasión de su vida pública nos da la idea de que sea un maestro estático, un doctor sentado en una cátedra; al

el texto— un pueblo sumido en las tinieblas: extranjeros, paganos, mujeres y hombres de diversas regiones y culturas (cf. *Mt* 4,15-16). Ahora ellos también pueden ver la luz. Y así Jesús “ensancha las fronteras”: la Palabra de Dios, que sana y levanta, no está destinada sólo a los justos de Israel, sino a todos; quiere llegar a los lejanos, quiere sanar a los enfermos, quiere salvar a los pecadores, quiere reunir a las ovejas perdidas y levantar a los que tienen el corazón cansado y agobiado. Jesús, en definiti-



en la vida, haciéndonos discernir los sentimientos y pensamientos del corazón, es decir, haciéndonos ver cuál es la luz del bien a la que hay que dar cabida y dónde en cambio se adensan las tinieblas de los vicios y pecados que hay que combatir. La Palabra, cuando entra en nosotros, transforma nuestro corazón y nuestra mente; nos cambia, nos lleva a orientar nuestra vida hacia el Señor.

Esta es la invitación de Jesús: Dios se ha hecho cercano a ti, así que toma conciencia de su presencia, hazle lugar a su Palabra y cambiarás la perspectiva de tu vida. Quisiera decirlo también de este modo: pon tu vida bajo la Palabra de Dios. Este es el camino que nos muestra la Iglesia; todos, incluso los pastores de la Iglesia, estamos bajo la autoridad de la Palabra de Dios. No bajo nuestros propios gustos, tendencias y preferencias, sino bajo la única Palabra de Dios que nos

Por último —el tercer pasaje—, la Palabra de Dios, que se dirige a todos y llama a la conversión, hace anunciadores. En efecto, Jesús pasó por la orilla del mar de Galilea y llamó a Simón y Andrés, dos hermanos que eran pescadores. Los invitó con su Palabra a seguirlo, diciéndoles que los haría «pescadores de hombres» (*Mt* 4,19). Ya no sólo expertos en barcas, redes y peces, sino expertos en buscar a los demás. Y así como para la navegación y la pesca habían aprendido a alejarse de la orilla y a echar las redes mar adentro, del mismo modo se convertirán en apóstoles capaces de navegar por el mar abierto del mundo, de salir al encuentro de sus hermanos y de proclamar la alegría del Evangelio. Este es el dinamismo de la Palabra: nos atrae hacia la “red” del amor del Padre y nos convierte en apóstoles que sienten el deseo irrefrenable de hacer subir a la barca del Reino a todos los que encuentran. Y

les y a todos los cristianos comprometidos en la escucha y difusión de la Palabra, especialmente a los lectores y catequistas: hoy confiero estos ministerios a algunos de ellos. Gracias a quienes han aceptado las numerosas invitaciones que he hecho para que lleven el Evangelio consigo a todas partes, para leerlo cada día. Y, por último, un agradecimiento especial a los diáconos y a los presbíteros: gracias, queridos hermanos, por no dejar que al Pueblo santo de Dios le falte el alimento de la Palabra; gracias por comprometerse a meditarla, vivirla y anunciarla; gracias por vuestro servicio y vuestros sacrificios. Que para todos nosotros sea consuelo y recompensa la dulce alegría de anunciar la Palabra de salvación.

[1] La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia. *Instrumentum laboris* para la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos, 2008, 10.

57ª Jornada mundial de las comunicaciones sociales

Hablar con el corazón

«En la verdad y en el amor» (Ef 4,15)

«Hablar con el corazón, “en la verdad y en el amor”»: es el tema del mensaje del Papa Francisco para la 57ª Jornada mundial de las comunicaciones sociales, que en Italia y en otros países se celebra el domingo 21 de mayo. Publicamos el texto del documento pontificio, que como es habitual se publicó el martes 24 de enero, memoria litúrgica de san Francisco de Sales, patrono de la prensa católica.



Hablar con el corazón
«En la verdad y en el amor»
(Ef 4,15)

Queridos hermanos y hermanas:

Después de haber reflexionado, en años anteriores, sobre los verbos “ir, ver” y “escuchar” como condiciones para una buena comunicación, en este Mensaje para la LVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales quisiera centrarme en “hablar con el corazón”. Es el corazón el que nos ha movido a ir, ver y escuchar; y es el corazón el que nos mueve a una comunicación abierta y acogedora. Tras habernos ejercitado en la escucha —que requiere espera y paciencia, así como la renuncia a afirmar de modo prejuicioso nuestro punto de vista—, podemos entrar en la dinámica del diálogo y el intercambio, que es precisamente la de comunicar cordialmente. Una vez que hayamos escuchado al otro con corazón puro, lograremos hablar «en la verdad y en el amor» (cf. Ef 4,15). No debemos tener miedo a proclamar la verdad, aunque a veces sea incómoda, sino a hacerlo sin caridad, sin corazón. Porque «el programa del cristiano —como escribió Benedicto XVI— es un “corazón que ve”» [1]. Un corazón que, con su latido, revela la verdad de nuestro ser, y que por eso hay que escucharlo. Esto lleva a quien escucha a sintonizarse en la misma longitud de onda, hasta el punto de que se llega a sentir en el propio corazón el latido del otro. Entonces se hace posible el milagro del encuentro, que nos permite mirarnos los unos a los otros con compasión, acogiendo con respeto las fragilidades de cada uno, en lugar de juzgar de oídas y sembrar discordia y divisiones.

Jesús nos recuerda que cada árbol se reconoce por su fruto (cf. Lc 6,44), y advierte que «el hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno; y el hombre malo, de su mal tesoro saca lo que es malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca» (v. 45). Por eso, para poder comunicar «en la verdad y en el amor» es necesario purificar el corazón. Sólo escuchando y hablando con un corazón puro podemos ver más allá de las apariencias y superar los ruidos confusos que, también en el campo de la información, no nos ayudan a discernir en la complejidad del mundo en que vivimos. La llamada a hablar con el corazón interpela radicalmente nuestro tiempo, tan propenso a la indiferencia y a la indignación, a veces sobre la base de la desinformación, que falsifica e instrumentaliza la verdad.

Comunicar cordialmente

Comunicar cordialmente quiere decir que quien nos lee o nos escucha capta nuestra participación en las alegrías y los miedos, en las esperanzas y en los sufrimientos de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo. Quien habla así quiere bien al otro, porque se preocupa por él y custodia su libertad sin violarla. Podemos ver este estilo en el misterioso Peregrino que dialoga con los discípulos que van hacia Emaús después de la tragedia consumada en el Gólgota. Jesús resucitado les habla con el corazón,

acompañando con respeto el camino de su dolor, proponiéndose y no imponiéndose, abriéndoles la mente con amor a la comprensión del sentido profundo de lo sucedido. De hecho, ellos pueden exclamar con alegría que el corazón les ardía en el pecho mientras Él conversaba con ellos a lo largo del camino y les explicaba las Escrituras (cf. Lc 24,32).

En un periodo histórico marcado por polarizaciones y contraposiciones —de las que, lamentablemente, la comunidad eclesial no es inmune—, el compromiso por una comunicación “con el corazón y con los brazos abiertos” no concierne exclusivamente a los profesionales de la información, sino que es responsabilidad de cada uno. Todos estamos llamados a buscar y a decir la verdad, y a hacerlo con caridad. A los cristianos, en especial, se nos exhorta continuamente a guardar la lengua del mal (cf. Sal 34,14), ya que, como enseña la Escritura, con la lengua podemos bendecir al Señor y maldecir a los hombres creados a semejanza de Dios (cf. St 3,9). De nuestra boca no deberían salir palabras malas, sino más bien palabras buenas «que resulten edificantes cuando sea necesario y hagan bien a aquellos que las escuchan» (Ef 4,29).

A veces, el hablar amablemente abre una brecha incluso en los corazones más endurecidos. Tenemos prueba de esto en la literatura. Pienso en aquella página memorable del capítulo XXI de Los novios, en el que Lucía habla con el corazón al Innominado hasta que éste, desarmado y atormentado por una benéfica crisis interior, cede a la fuerza gentil del amor. Lo experimentamos en la convivencia cívica, en la que la amabilidad no es solamente cuestión de buenas maneras, sino un verdadero antídoto contra la crueldad que, lamentablemente, puede envenenar los corazones e intoxicar las relaciones. La necesitamos en el ámbito de los medios para que la comunicación no fomente el rencor que exaspera, genera rabia y lleva al enfrentamiento, sino que ayude a las personas a reflexionar con calma, a descifrar, con espíritu crítico y siempre respetuoso, la realidad en la que viven.

La comunicación de corazón a corazón: “Basta amar bien para decir bien”

Uno de los ejemplos más luminosos y, aún hoy, fascinantes de “hablar con el corazón” está representado en san Francisco de Sales, doctor de la Iglesia, a quien he dedicado recientemente la Carta apostólica *Totum amoris est*, con motivo de los 400 años de su muerte. Junto a este importante aniversario, me gusta recordar, en esta circunstancia, otro que se celebra en este año 2023: el centenario de su proclamación como patrono de los periodistas católicos por parte de Pío XI con la Encíclica *Rerum omnium perturbationem*. Intelecto brillante, escritor fecundo, teólogo de gran profundidad, Francisco de Sales fue obispo de Ginebra al inicio del siglo XVII, en años difíciles, marcados por encendidas disputas con los calvinistas. Su actitud apacible, su humanidad, su disposición a dialogar pacientemente con todos, especialmente con quien lo contradecía, lo convirtieron en un testigo extraordinario del amor misericordioso de Dios. De él se podía decir que «las palabras dulces multiplican los amigos y un lenguaje amable favorece las buenas relaciones» (St 6,5). Por lo demás, una de sus afirmaciones más célebres, «el corazón habla al corazón», ha inspirado a generaciones de fieles, entre ellos san John Henry Newman, que la eligió como lema, *Cor ad cor loquitur*. «Basta amar bien para decir bien» era una de sus convicciones. Ello demuestra que para él la comunicación nunca debía reducirse a un artificio —a una estrategia de marketing, diríamos hoy—, sino que tenía que ser el reflejo del ánimo, la superficie visible de un núcleo de amor invisible a los ojos. Para san Francisco de Sales, es precisamente «en el corazón y por medio del corazón donde se realiza ese sutil e intenso proceso unitario en virtud del cual el hombre reconoce a Dios» [2]. “Amando bien”, san Francisco logró comunicarse con el sordomudo Martino, haciéndose su amigo; por



Giovanni Francesco Barbieri, el Guercino, «La cena de Emaús» (1626-1629)

eso es recordado como el protector de las personas con discapacidades comunicativas. A partir de este “criterio del amor”, y a través de sus escritos y del testimonio de su vida, el santo obispo de Ginebra nos recuerda que “somos lo que comunicamos”. Una lección que va contracorriente hoy, en un tiempo en el que, como experimentamos sobre todo en las redes sociales, la comunicación frecuentemente se instrumentaliza, para que el mundo nos vea como queríamos ser y no como somos. San Francisco de Sales repartió numerosas copias de sus escritos en la comunidad ginebrina. Esta intuición “periodística” le valió una fama que superó rápidamente el perímetro de su diócesis y que perdura aún en nuestros días. Sus escritos, observó san Pablo VI, suscitan una lectura «sumamente agradable, instructiva, estimulante» [3]. Si vemos el panorama de la comunicación actual, ¿no son precisamente estas características las que debería tener un artículo, un reportaje, un servicio radiotelevisivo o un post en las redes sociales? Que los profesionales de la comunicación se sientan inspirados por este santo de la ternura, buscando y contando la verdad con valor y libertad, pero rechazando la tentación de usar expresiones llamativas y agresivas.

Hablar con el corazón en el proceso sinodal

Como he podido subrayar, «también en la Iglesia hay mucha necesidad de escuchar y de escucharnos. Es el don más precioso y generativo que podemos ofrecernos los unos a los otros» [4]. De una escucha sin prejuicios, atenta y disponible, nace un hablar conforme al estilo de Dios, que se nutre de cercanía, compasión y ternura. En la Iglesia necesitamos urgentemente una comunicación que encienda los corazones, que sea bálsamo sobre las heridas e ilumine el camino de los hermanos y de las hermanas. Sueño una comunicación eclesial que sepa dejarse guiar por el Espíritu Santo, amable y, al mismo tiempo, profética; que sepa encontrar nuevas formas y modalidades para el maravilloso anuncio que está llamada a dar en el tercer milenio. Una comunicación que ponga en el centro la relación con Dios y con el prójimo, especialmente con el más necesitado, y que sepa encender el fuego de la fe en vez de preservar las cenizas de una identidad autorreferencial. Una comunicación cuyas bases sean la humildad en el escuchar y la parresia en el hablar; que no separe nunca la verdad de la caridad.

Desarmar los ánimos promoviendo un lenguaje de paz
«Una lengua suave quiebra hasta un hueso», dice el libro de los Proverbios (25,15). Hablar con el corazón es hoy muy necesario para promover una cultura de paz allí donde hay guerra; para abrir senderos que permitan el diálogo y la reconciliación allí donde el odio y la enemistad causan estragos. En el dramático contexto del conflicto global que estamos viviendo, es urgente afirmar una comunicación no hostil. Es necesario vencer «la costumbre de desacreditar rápidamente al adversario aplicándole epítetos humillantes, en lugar de enfrentar

un diálogo abierto y respetuoso» [5]. Necesitamos comunicadores dispuestos a dialogar, comprometidos a favorecer un desarme integral y que se esfuercen por dismantelar la psicosis bélica que se anida en nuestros corazones; como exhortaba proféticamente san Juan XXIII en la Encíclica *Pacem in terris*, la paz «verdadera [...] puede apoyarse [...] únicamente en la confianza recíproca» (n. 113). Una confianza que necesita comunicadores no ensimismados, sino audaces y creativos, dispuestos a arriesgarse para hallar un terreno común donde encontrarse. Como hace sesenta años, vivimos una hora oscura en la que la humanidad teme una escalada bélica que se ha de frenar cuanto antes, también a nivel comunicativo. Uno se queda horrorizado al escuchar con qué facilidad se pronuncian palabras que claman por la destrucción de pueblos y territorios. Palabras que, desgraciadamente, se convierten a menudo en acciones bélicas de cruel violencia. He aquí por qué se ha de rechazar toda retórica belicista, así como cualquier forma de propaganda que manipule la verdad, desfigurándola por razones ideológicas. Se debe promover, en cambio, en todos los niveles, una comunicación que ayude a crear las condiciones para resolver las controversias entre los pueblos.

En cuanto cristianos, sabemos que es precisamente la conversión del corazón la que decide el destino de la paz, ya que el virus de la guerra procede del interior del corazón humano [6]. Del corazón brotan las palabras capaces de disipar las sombras de un mundo cerrado y dividido, para edificar una civilización mejor que la que hemos recibido. Es un esfuerzo que se nos pide a cada uno de nosotros, pero que apela especialmente al sentido de responsabilidad de los operadores de la comunicación, a fin de que desarrollen su profesión como una misión.

Que el Señor Jesús, Palabra pura que surge del corazón del Padre, nos ayude a hacer nuestra comunicación libre, limpia y cordial.

Que el Señor Jesús, Palabra que se hizo carne, nos ayude a escuchar el latido de los corazones, para redescubrirnos hermanos y hermanas, y desarmar la hostilidad que nos divide.

Que el Señor Jesús, Palabra de verdad y de amor, nos ayude a decir la verdad en la caridad, para sentarnos custodios los unos de los otros.

Roma, San Juan de Letrán, 24 de enero de 2023, memoria de san Francisco de Sales.

FRANCISCO

[1] Carta enc. *Deus caritas est*, 31.
[2] Carta ap. *Totum amoris est* (28 diciembre 2022).
[3] Epístola ap. *Sabaudiae gemma*, con motivo del IV Centenario del nacimiento de san Francisco de Sales, doctor de la Iglesia (29 enero 1967).
[4] Mensaje para la LVI Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales (24 enero 2022).
[5] Carta enc. *Fratelli tutti* (3 octubre 2020), 201.
[6] Cf. Mensaje para la 56ª Jornada Mundial de la Paz (1 enero 2023).

Mensaje del Papa para la 97ª Jornada mundial de las misiones

Un tema que se inspira en el relato de los discípulos de Emaús

Corazones fervientes, pies en camino

«Corazones fervientes, pies en camino»: hace referencia al pasaje de los discípulos de Emaús narrado por el Evangelio de Lucas (24, 13-35) el tema de la 97ª Jornada mundial de las misiones, que se celebra el próximo 22 de octubre. Publicamos a continuación el texto del mensaje del Papa Francisco.



Corazones fervientes, pies en camino (cf. Lc 24,13-35)
Queridos hermanos y hermanas:

Para la Jornada Mundial de las Misiones de este año he elegido un tema que se inspira en el relato de los discípulos de Emaús, en el Evangelio de Lucas (cf. 24,13-35): «Corazones fervientes, pies en camino». Aquellos dos discípulos estaban confundidos y desilusionados, pero el encuentro con Cristo en la Palabra y en el Pan partido encendió su entusiasmo para volver a ponerse en camino hacia Jerusalén y anunciar que el Señor había resucitado verdaderamente. En el relato evangélico, percibimos la transformación de los discípulos a partir de algunas imágenes sugestivas: los corazones que arden cuando Jesús explica las Escrituras, los ojos abiertos al reconocerlo y, como culminación, los pies que se ponen en camino. Meditando sobre estos tres aspectos, que trazan el itinerario de los discípulos misioneros, podemos renovar nuestro celo por la evangelización en el mundo actual.

1. Corazones que ardían «mientras [...] nos explicaba las Escrituras». En la misión, la Palabra de Dios ilumina y trasforma el corazón. A lo largo del camino que va de Jerusalén a Emaús, los corazones de los dos discípulos estaban tristes —como se reflejaba en sus rostros— a causa de la muerte de Jesús, en quien habían creído (cf. v. 17). Ante el fracaso del Maestro crucificado, su esperanza de que Él fuese el Mesías se había derrumbado (cf. v. 21). Entonces, «mientras conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió caminando con ellos» (v. 15). Como al inicio de la vocación de los discípulos, también ahora, en el momento de su desconcierto, el Señor toma la iniciativa de acercarse a los suyos y de caminar a su lado. En su gran misericordia, Él nunca se cansa de estar con nosotros; incluso a pesar de nuestros defectos, dudas, debilidades, cuando la tristeza y el pesi-

mismo nos induzcan a ser «duros de entendimiento» (v. 25), gente de poca fe.

Hoy como entonces, el Señor resucitado es cercano a sus discípulos misioneros y camina con ellos, especialmente cuando se sienten perdidos, desanimados, amedrentados ante el misterio de la iniquidad que los rodea y los quiere sofocar. Por ello, «¡no nos dejemos robar la esperanza!» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 86). El Señor es más grande que nuestros problemas, sobre todo cuando los encontramos al anunciar el Evangelio al mundo, porque esta misión, después de todo, es suya y nosotros somos simplemente sus humildes colaboradores, «siervos inútiles» (cf. Lc 17,10).

Quiero expresar mi cercanía en Cristo a todos los misioneros y las misioneras del mundo, en particular a aquellos que atraviesan un momento difícil. El Señor resucitado, queridos hermanos y hermanas, está siempre con ustedes y ve su generosidad y sus sacrificios por la misión de evangelización en lugares lejanos. No todos los días de la vida resplandece el sol, pero acordémonos siempre de las palabras del Señor Jesús a sus amigos antes de la pasión: «En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo» (Jn 16,33).

Después de haber escuchado a los dos discípulos en el camino de Emaús, Jesús resucitado «comenzando por Moisés y continuando con todos los profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que se refería a él» (Lc 24,27). Y los corazones de los discípulos se encendieron, tal como después se confiarían el uno al otro: «¿No ardía acaso nuestro corazón, mientras nos hablabas en el camino y nos explicabas las Escrituras?» (v. 32). Jesús, efectivamente, es la Palabra viviente, la única que puede abrasar, iluminar y transformar el corazón.

De ese modo comprendemos mejor la afirmación de san Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» (*Comentario al profeta Isaías*, Prólogo). «Si el Señor no nos introduce es imposible comprender en profundidad la Sagrada Escritura, pero lo contrario también es cierto: sin la Sagrada Escritura, los acontecimientos de la misión de Jesús y de su Iglesia en el mundo permanecen indecifrabiles» (Carta ap. M.P. *Aperuit illis*, 1). Por ello, el conocimiento de la Escritura es importante para la vida del cristiano, y todavía más para el anuncio de Cristo y de su Evangelio. De lo contrario, ¿qué transmitiríamos a los demás sino nuestras propias ideas y proyectos? Y un corazón frío, ¿sería capaz de encender el corazón de los demás?

Dejémosnos entonces acompañar siempre por el Señor resu-

citado que nos explica el sentido de las Escrituras. Dejemos que Él encienda nuestro corazón, nos ilumine y nos transforme, de modo que podamos anunciar al mundo su misterio de salvación con la fuerza y la sabiduría que vienen de su Espíritu.

2. Ojos que «se abrieron y lo reconocieron» al partir el pan. Jesús en la Eucaristía es el culmen y la fuente de la misión.

Los corazones fervientes por

es pan partido para el mundo.

A este respecto, es necesario recordar que un simple partir el pan material con los hambrientos en el nombre de Cristo es ya un acto cristiano misionero. Con mayor razón, partir el Pan eucarístico, que es Cristo mismo, es la acción misionera por excelencia, porque la Eucaristía es fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia.

Lo recordó el Papa Benedicto

manifiesta que «la alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 1). No es posible encontrar verdaderamente a Jesús resucitado sin sentirse impulsados por el deseo de comunicarlo a todos. Por lo tan-

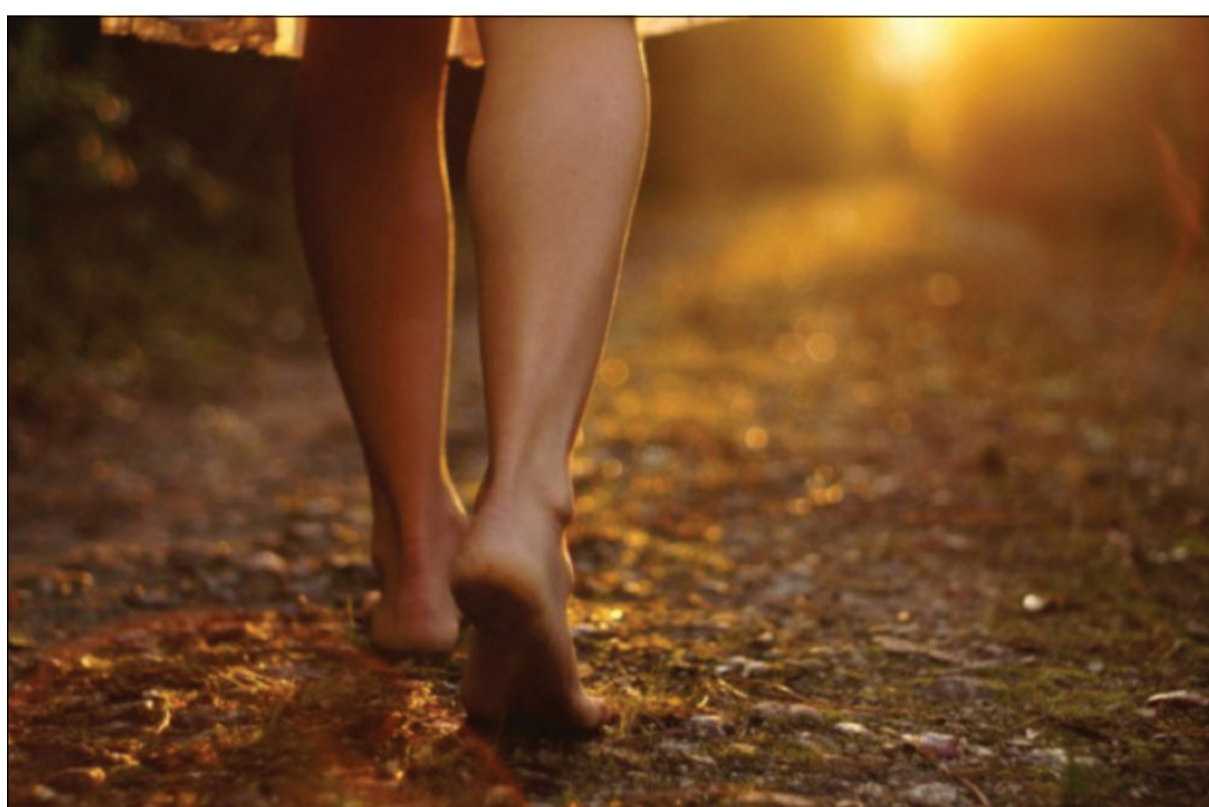
atrae, inspira y suscita nuestro amor por Él. Y este amor es el que hace que la Iglesia en salida sea siempre joven, con todos sus miembros en misión para anunciar el Evangelio de Cristo, convencidos de que «Él murió por todos, a fin de que los que viven no vivan más para sí mismos, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (v. 15). Todos pueden contribuir a este movimiento misionero con la oración y la acción, con la ofrenda de dinero y de sacrificios, y con el propio testimonio. Las Obras Misioneras Pontificias son el instrumento privilegiado para favorecer esta cooperación misionera en el ámbito espiritual y material. Por esto la colecta de donaciones de la Jornada Mundial de las Misiones está dedicada a la Obra Pontificia de la Propagación de la Fe.

La urgencia de la acción misionera de la Iglesia supone naturalmente una cooperación misionera cada vez más estrecha de todos sus miembros a todos los niveles. Este es un objetivo esencial en el itinerario sinodal que la Iglesia está recorriendo con las palabras clave comunión, participación y misión. Tal itinerario no es de ningún modo un repliegarse de la Iglesia sobre sí misma, ni un proceso de sondeo popular para decidir, como se haría en un parlamento, qué es lo que hay que creer y practicar y qué no, según las preferencias humanas. Es más bien un ponerse en camino, como los discípulos de Emaús, escuchando al Señor resucitado que siempre sale a nuestro encuentro para explicarnos el sentido de la Escrituras y partir para nosotros el Pan, y así poder llevar adelante, con la fuerza del Espíritu Santo, su misión en el mundo.

Como aquellos dos discípulos «contaron a los otros lo que les había pasado por el camino» (Lc 24,35), también nuestro anuncio será una narración alegre de Cristo el Señor, de su vida, de su pasión, muerte y resurrección, de las maravillas que su amor ha realizado en nuestras vidas. Pongámonos de nuevo en camino también nosotros, iluminados por el encuentro con el Resucitado y animados por su Espíritu. Salgamos con los corazones fervientes, los ojos abiertos, los pies en camino, para encender otros corazones con la Palabra de Dios, abrir los ojos de otros a Jesús Eucaristía, e invitar a todos a caminar juntos por el camino de la paz y de la salvación que Dios, en Cristo, ha dado a la humanidad. Santa María del camino, Madre de los discípulos misioneros de Cristo y Reina de las misiones, ruega por nosotros.

Roma, San Juan de Letrán, 6 de enero de 2023, Solemnidad de la Epifanía del Señor.

FRANCISCO



la Palabra de Dios empujaron a los discípulos de Emaús a pedir al misterioso viajero que permaneciese con ellos al caer la tarde. Y, alrededor de la mesa, sus ojos se abrieron y lo reconocieron cuando Él partió el pan. El elemento decisivo que abre los ojos de los discípulos es la secuencia de las acciones realizadas por Jesús: tomar el pan, bendecirlo, partirlo y dárselo a ellos. Son gestos ordinarios de un padre de familia judío, pero que, realizados por Jesucristo con la gracia del Espíritu Santo, renuevan ante los dos comensales el signo de la multiplicación de los panes y sobre todo el de la Eucaristía, sacramento del Sacrificio de la cruz. Pero precisamente en el momento en el que reconocen a Jesús como Aquel que parte el pan, «Él había desaparecido de su vista» (Lc 24,31). Este hecho da a entender una realidad esencial de nuestra fe: Cristo que parte el pan se convierte ahora en el Pan partido, compartido con los discípulos y por tanto consumido por ellos. Se hizo invisible, porque ahora ha entrado dentro de los corazones de los discípulos para encenderlos todavía más, impulsándolos a retomar el camino sin demora, para comunicar a todos la experiencia única del encuentro con el Resucitado. Así, Cristo resucitado es Aquel que parte el pan y al mismo tiempo es el Pan partido para nosotros. Y, por eso, cada discípulo misionero está llamado a ser, como Jesús y en Él, gracias a la acción del Espíritu Santo, aquel que parte el pan y aquel que

XVI: «No podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento [de la Eucaristía]. Éste exige por su naturaleza que sea comunicado a todos. Lo que el mundo necesita es el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Por eso la Eucaristía no es sólo fuente y culmen de la vida de la Iglesia; lo es también de su misión: «Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera» (Exhort. ap. *Sacramentum caritatis*, 84).

Para dar fruto debemos permanecer unidos a Él (cf. Jn 15,4-9). Y esta unión se realiza a través de la oración diaria, en particular en la adoración, estando en silencio ante la presencia del Señor, que se queda con nosotros en la Eucaristía. El discípulo misionero, cultivando con amor esta comunión con Cristo, puede convertirse en un místico en acción. Que nuestro corazón anhele siempre la compañía de Jesús, suspirando la vehemente petición de los dos de Emaús, sobre todo cuando cae la noche: «¡Quédate con nosotros, Señor!» (cf. Lc 24,29).

3. Pies que se ponen en camino, con la alegría de anunciar a Cristo Resucitado. La eterna juventud de una Iglesia siempre en salida.

Después de que se les abrieron los ojos, reconociendo a Jesús «al partir el pan», los discípulos, sin demora, «se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén» (Lc 24,33). Este ir de prisa, para compartir con los demás la alegría del encuentro con el Señor,

el primer y principal recurso de la misión lo constituyen aquellos que han reconocido a Cristo resucitado, en las Escrituras y en la Eucaristía, que llevan su fuego en el corazón y su luz en la mirada. Ellos pueden testimoniar la vida que no muere más, incluso en las situaciones más difíciles y en los momentos más oscuros.

La imagen de los «pies que se ponen en camino» nos recuerda una vez más la validez perenne de la misión ad gentes, la misión que el Señor resucitado dio a la Iglesia de evangelizar a cada persona y a cada pueblo hasta los confines de la tierra. Hoy más que nunca la humanidad, herida por tantas injusticias, divisiones y guerras, necesita la Buena Noticia de la paz y de la salvación en Cristo. Por tanto, aprovecho esta ocasión para reiterar que «todos tienen el derecho de recibir el Evangelio. Los cristianos tienen el deber de anunciarlo sin excluir a nadie, no como quien impone una nueva obligación, sino como quien comparte una alegría, señala un horizonte bello, ofrece un banquete deseable» (ibíd., 14). La conversión misionera sigue siendo el objetivo principal que debemos proponernos como individuos y como comunidades, porque «la salida misionera es el paradigma de toda obra de la Iglesia» (ibíd., 15).

Como afirma el apóstol Pablo, «el amor de Cristo nos apremia» (2 Co 5,14). Se trata aquí de un doble amor, el que Cristo tiene por nosotros, que

El discurso del Papa a los participantes en un curso de formación litúrgica

Decoro, sencillez y orden para guiar el encuentro con el misterio pascual

La liturgia debe brillar «por el decoro, la sencillez y el orden» para guiar a los fieles «al encuentro con el misterio pascual de Cristo». Así lo recomendó el Papa Francisco a los participantes en el curso internacional de formación de responsables diocesanos de las celebraciones promovido por el Pontificio Instituto Litúrgico del Ateneo San Anselmo, del 16 al 20 de enero, sobre el tema «Vivir en plenitud la acción litúrgica». Al recibirlos en audiencia el 20 de enero, en el Salón del Consistorio, el Pontífice pronunció el discurso que publicamos a continuación.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Y pido perdón por el retraso, pero ha sido una mañana “frenética”.

Doy las gracias al padre Abad Primado por sus palabras; saludo al rector magnífico y al presidente del Pontificio Instituto Litúrgico, los profesores y los estudiantes; y saludo al cardenal prefecto [del Dicasterio del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos] y al monseñor secretario, gracias por estar aquí. Me alegra acogerlos y aprecio la iniciativa de organizar un itinerario formativo dirigido a aquellos que preparan y guían la oración de las comunidades diocesanas, en comunión con los obispos y al servicio de las diócesis.

Este curso, que concluye ahora, corresponde a las indicaciones de la Carta Apostólica *Desiderio desideravi* sobre la formación litúrgica. De hecho, el cuidado de las celebraciones exige preparación y empeño. Nosotros obispos, en nuestro ministerio, nos damos cuenta, porque necesitamos de la colaboración de quien prepara las liturgias y nos ayuda a realizar nuestro mandato de presidir la oración del pueblo santo. Vuestro servicio a la liturgia requiere, además de conocimientos profundos, un sentido pastoral. Me alegra por tanto ver que una vez más renováis vuestro empeño de estudio de la liturgia. Esta - como decía san Pablo VI - es «la primera fuente de la vida divina que se nos comunica, la primera escuela de nuestra vida espiritual» (Alocución para el cierre de la II Sesión del Conc. Vat. II, 4 de di-

ciembre de 1963). Por eso la liturgia no se posee nunca plenamente, no se aprende como los conceptos, los oficios, las competencias humanas. Es el arte primero de la Iglesia, el que la constituye y la caracteriza.

Quisiera encomendaros algunos puntos de reflexión para este servicio vuestro, que se coloca en el contexto de la aplicación de la reforma litúrgica. Hoy ya no se habla del “ceremoniero”, es decir de aquel que cuida las “sagradas ceremonias”; más bien los libros litúrgicos hacen referencia al maestro de las celebraciones. Y el maestro te enseña la liturgia cuando te guía al encuentro con el misterio pascual de Cristo; al mismo tiempo él debe disponer todo para que la liturgia brille por el decoro, la sencillez y el orden (cfr. *Caeremoniale Episcoporum*, 34). El ministerio del maestro es una diaconía: él colabora con el obispo al servicio de la comunidad. Por eso cada obispo encarga un maestro, que actúe con discreción, de forma diligente, no anteponiendo el rito a lo que expresa, sino ayudando a acoger el sentido y el espíritu, subrayando con su acción que el centro es Cristo crucificado y resucitado.

Especialmente en la catedral, el responsable de las celebraciones episcopales coordina, como colaborador del obispo, a todos aquellos que ejercen un ministerio durante la acción litúrgica, para que se favorezca la fructífera participación del pueblo de Dios. Vuelve aquí uno de los principios cardinales del Concilio Vaticano II: debemos tener siempre ante los ojos el bien de las comunidades, el cuidado pastoral de los fieles (cf. *ibíd.*, 34), para conducir al pueblo a Cristo y a Cristo al pueblo. Es el objetivo principal, que también debe estar en primer lugar cuando preparas y guías las celebraciones. Si descuidamos esto tendremos ritos hermosos, pero sin fuerza, sin sabor, sin sentido porque no tocan el corazón y la existencia del pueblo de Dios. Y esto sucede cuando el presidente *de facto* no es el obispo, el sacerdote, sino el ceremoniero, y cuando esta presidencia resbala hacia el ceremo-

niario, ha terminado todo. El presidente es aquel que preside, no es el ceremoniero. Es más, el ceremoniero cuanto más escondido está, mejor es. Menos se hace ver, mejor es. Pero que coordine todo. Es Cristo quien hace vibrar el corazón, es el encuentro con Él que atrae el espíritu. «Una celebración que no evangeliza, no es auténtica» (*Desiderio desideravi*, 37). Es un “baile”, un bonito baile, estético, bellissimo, pero no es una auténtica celebración.

El Concilio tenía entre sus finalidades la de acompañar a los fieles a recuperar la capacidad de vivir en plenitud la acción litúrgica y a continuar sorprendiéndose de lo que en la celebración sucede bajo nuestro ojos (cfr. *Desiderio desideravi*, 31). Fijaos, no habla de la alegría estética, por ejemplo, o del sentido estético, no, sino del asombro. El asombro es algo diferente del placer estético: es el encuentro con Dios. Sólo el encuentro con el Señor te asombra. ¿Cómo se puede lograr esto? La respuesta ya se encuentra en *Sacrosanctum Concilium*. En el n. 14, se os encomienda la formación de los fieles, pero -dice la Constitución- «como no se puede esperar que esto ocurra, si antes los mismos pastores de almas no se impregnan totalmente del espíritu y de la fuerza de la Liturgia y llegan a ser maestros de la misma, es indispensable que se provea antes que nada a la educación litúrgica del clero». Por tanto, el maestro mismo crece primero en la escuela de liturgia y participa en la misión pastoral de formar al clero y a los fieles.

Uno de los aspectos más complejos de la reforma es su aplicación práctica, es decir la forma en la que se traduce en la cotidianidad lo que los Padres conciliares han establecido. Y entre los primeros responsables de la aplicación práctica está el propio maestro, que junto al director de la oficina para la pastoral litúrgica acompaña la diócesis, las comunidades, los presbíteros y los otros ministros a aplicar la praxis celebrativa indicada por el Concilio. Esto lo hace sobre todo celebrando. ¿Cómo hemos aprendido a servir la mi-



sa de niños? Mirando a nuestros amigos más grande que lo hacían. Esta es la formación de la liturgia de lo que he escrito en *Desiderio desideravi*. El decoro, la sencillez y el orden se alcanzan cuando todos poco a poco a lo largo de los años, frecuentando el rito, celebrándolo, viviéndolo, comprenden lo que deben hacer. Ciertamente, como una gran orquesta, cada uno debe conocer la propia parte, los movimientos, los gestos, los textos que pronuncia o que canta; entonces la litúrgica puede ser una sinfonía de alabanza, una sinfonía aprendida de la *lex orandi* de la Iglesia.

En las catedrales se inician escuelas de praxis litúrgica. Es una buena iniciativa. Se reflexiona “mistagógicamente” sobre lo que se celebra. Se valora el estilo celebrativo, para considerar los progresos y los aspectos para corregir. Os animo a ayudar a los superiores de los seminarios a presidir de la mejor forma, a cuidar la proclamación, gestos, signos, así que los futuros presbíteros, junto al estudio de la teología litúrgica, aprendan a celebrar bien: y este es el estilo de la presidencia. Se aprende mirando cotidianamente a un presbítero que sabe cómo presidir, como celebrar, porque vive de la liturgia y, cuando celebra, reza. Os exhorto a ayudar a los responsables de los ministrantes a preparar la liturgia de las parroquias iniciando pequeñas escuelas de formación litúrgica, que aúnan fraternidad, catequesis, mista-

gógica y praxis celebrativa. Cuando el responsable de las celebraciones acompaña al obispo en una parroquia, está bien valorizar es estilo celebrativo que allí se vive. No hay necesidad de hacer un buen “desfile” cuando el obispo está allí y luego todo vuelve a ser como antes. Vuestra tarea no es organizar el rito de un día, sino proponer una liturgia que se pueda imitar, con aquellas adaptaciones que la comunidad pueda incorporar para crecer en la vida litúrgica. Así, poco a poco, crece el estilo celebratorio de la diócesis. En efecto, ir a las parroquias y no decir nada ante liturgias un poco descuidadas, mal preparadas, significa no ayudar a las comunidades, no acompañarlas. En cambio, con delicadeza, con espíritu de fraternidad, está bien ayudar a los pastores a reflexionar sobre la liturgia, a prepararla con los fieles. En esto el maestro de las celebraciones debe hacer uso de una gran sabiduría pastoral: si está en medio del pueblo inmediatamente comprenderá y sabrá bien cómo acompañar a los hermanos, cómo sugerir a las comunidades lo que es adecuado y realizable, cuáles son los pasos necesarios para redescubrir la belleza de la liturgia y de celebrar juntos.

Y finalmente os exhorto a cuidar el silencio. En esta época se habla, se habla... Silencio. Especialmente antes de las celebraciones - un momento que a veces se toma como un encuentro social, se habla: “Ah, ¿cómo

estás? ¿Cómo vas, cómo no vas?” -, el silencio ayuda a la asamblea y a los concelebrantes a concentrarse en lo que se va a realizar. A menudo las sacristías son ruidosas antes y después de las celebraciones, pero el silencio abre y prepara al misterio: es el silencio que te prepara al misterio, permite la asimilación, deja resonar el eco de la Palabra escuchada. Es bonita la fraternidad, es bonito saludarse, pero es el encuentro con Jesús que da sentido a nuestro encuentro, a nuestro reencuentro. ¡Debemos descubrir y valorar el silencio! Esto quiero subrayarlo mucho. Y aquí digo algo que está unida al silencio, pero para los sacerdotes. Por favor, las homilias: son un desastre; a veces escucho a alguno: “Sí, he ido a misa en esa parroquia... sí, una buena clase de filosofía, 40, 45 minutos... Ocho, diez; ¡no más! Y siempre un pensamiento, un afecto y una imagen. Que la gente se lleve algo a casa. En la *Evangelii gaudium* he querido subrayar esto. Y lo he dicho muchas veces, porque es algo que no terminamos de entender: la homilía no es una conferencia, es un sacramental. Los luteranos dicen que es un sacramento, es un sacramental - creo que son los luteranos-; es un sacramental, no es una conferencia. Se prepara en oración, se prepara con espíritu apostólico. Por favor, las homilias, que son un desastre, por lo general.

Queridos, antes de saludaros, deseo una vez más expresar mi aliento por lo que hacéis al servicio de la aplicación de la reforma, que los Padres conciliares nos han encomendado. Comprometámonos todos a continuar con la buena obra que se ha iniciado. Ayudemos a las comunidades a vivir de la liturgia, a dejarse moldear por ella, para que - como dice la Escritura- «el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera recibir gratis agua de vida» (*Ap 22, 17*). Ofrezcamos a todos el agua de manantial que brota abundantemente de la liturgia de la Iglesia.

Os deseo buen trabajo y de corazón os bendigo. Y por favor, os pido que recéis por mí, no os olvidéis. ¡Gracias!

Audiencia con el presidente de la República de Ecuador

En la mañana del sábado 21 de enero, el Papa Francisco recibió en audiencia, en el Palacio Apostólico vaticano, el presidente de la República de Ecuador, Guillermo Lasso Mendoza, el cual, sucesivamente, se reunió con el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, acompañado por el arzobispo Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones internacionales. Durante los cordiales coloquios en Secretaría de Estado fue expresado aprecio por la contribución que la Iglesia ofrece en el ámbito de la educación, de la salud, de la promoción de los valores humanos y espirituales y en el campo de las actividades caritativas, subrayando la importancia de un diálogo sincero y permanente entre la Iglesia y el Estado para afrontar los desafíos fundamentales de la sociedad. Además, hubo un fructífero intercambio de puntos de vista sobre la situación política y



social de la región, con atención a los esfuerzos encaminados a favorecer el desarrollo y promover la paz, y se detuvieron en algunos temas de interés común como la protección de la vida, el cuidado de la infancia, reforma del sistema penitenciario, el respeto a los pueblos indígenas y su cultura, así como la protección del medio ambiente.

Audiencia con el presidente de la República de Paraguay

En la mañana del viernes 20 de enero, en el Palacio apostólico vaticano, el presidente de la República de Paraguay, Mario Abdo Benítez, fue recibido en audiencia por el Santo Padre. Sucesivamente se reunió con el cardenal Pietro Parolin, secretario de Estado, acompañado por el arzobispo Paul Richard Gallagher, secretario para las Relaciones con los Estados y las Organizaciones internacionales. Durante los cordiales coloquios en Secretaría de Estado, se expresó satisfacción por las buenas relaciones bilaterales y la voluntad de reforzarlas ulteriormente, como también por la colaboración con la Iglesia local. Después se detuvieron en los desafíos de la sociedad paraguaya, con particular atención a la lucha contra la pobreza y a la superación de las desigualdades. Prosiguiendo la conversación se tocaron otros temas, como los efectos del cambio climático, la pandemia y la cooperación entre los países de la región.



Sor Margaret: La educación para ayudar al desarrollo en Sudán del Sur

SOR MARGARET SCOTT, RNDM Y SOR BERNADETTE REIS, FSP

En 2008 la Conferencia episcopal de Sudán lanzó una petición de ayuda. La Unión de Superiores Generales (USG) y la Unión Internacional de las Superiores Generales (UISG), que representan a los religiosos y las religiosas, respondieron enseguida con la creación de *Solidarity with South Sudan*. Sor Margaret Scott, de las Hijas de Nuestra Señora de las Misiones, cuenta la experiencia vivida participando personalmente en esa misión inter-congregacional y explica qué significa la visita del Papa Francisco para la gente de Sudán del Sur.

Nace *Solidarity with South Sudan*

En 2006/2007 participé en algunos encuentros en Roma, cuando las primeras delegaciones de USG/UISG contaron lo que habían visto y vivido en el sur de Sudán. Nuestra congregación decidió unirse al compromiso y me preguntaron si quería ocuparme yo. En agosto de 2008 fui al Sudán meridional junto con cuatro hermanas y así establecimos una comunidad de cinco Hijas de Nuestra Señora de las Misiones en Riimenze, en la diócesis de Tombura-Yambio. *Solidarity* pretendía realizar escuelas de formación

para los profesores en Malakal y Riimenze y un instituto de formación sanitaria en Wau, así como formar agentes pastorales.

La realización del colegio para la formación de los profesores

A dos de nosotras se nos pidió que trabajáramos en la formación de profesores en la diócesis de Yambio. Al principio ofrecimos una formación profesional dentro de los institutos. En torno al 2011, la comunidad comenzó a expandirse con la llegada de miembros de otras congregaciones. Terminamos mudándonos a la ciudad principal, Yambio, y se construyó una universidad en un terreno de la Iglesia. En esta estructura específica, en 2012 iniciamos la formación docente. Nuestro objetivo principal era preparar profesores de escuela primaria, ya que había una gran necesidad de ellos en ese momento.

Sudán del Sur se convierte en nación

Hubo una gran emoción entre la gente cuando Sudán del Sur obtuvo la independencia en 2011. Se pensaba que esto resolvería todos los problemas: serían independientes y podrían administrar el país ellos mismos. La gente estaba llena de esperanza y entusiasmo; pero a lo largo de los años nos hemos encontrado con dificultades muy grandes. En cier-

to sentido hay un poco de decepción porque las cosas no han ido tan bien como se esperaba. En muchos sentidos era natural. Surgieron todo tipo de elementos surgieron cuando empezamos a trabajar juntos como un país independiente.

La educación esencial para un nuevo país

La mayoría de la gente entendió que para que hubiera desarrollo, se necesitaba un buen sistema educativo. En ese momento, había muy pocos maestros formados debido a la falta de específicos institutos de formación. Los existentes no funcionaban por falta de fondos. Éramos una pequeña pieza necesaria para construir el puzzle para proporcionar maestros capacitados. En todo el país había un gran deseo de aprender, de educación y de tener profesores capacitados que pudieran preparar a las generaciones futuras.

Desde el principio, nos dimos cuenta de que muchos profesores sin preparación específica en las escuelas deseaban con fuerza ser formados. Así que trabajábamos en dos niveles: formación en los institutos donde trabajaban y la preparación. Los estudiantes del *college* sin formación previa tenían entre 20 y, en algunos casos, 50 años. Estaban llenos de entusiasmo y deseos de aprender. Una vez que se

graduaban, estaban ansiosos por volver a sus escuelas o ingresar en el sistema y ser profesores, porque querían algo mejor para los jóvenes. Tenían una positividad extraordinaria, a pesar de trabajar en condiciones extremadamente precarias. Todavía hoy se ven a personas enseñando bajo los árboles. Pero quieren enseñar.

El programa de formación de los profesores da sus frutos

Las personas a las que habíamos enseñado iban a todas partes con entusiasmo y estaban comprometidas con ser profesores. Preparaban su trabajo, realizaban panchartas, mesas y todo tipo de juegos, y ofrecieron algo realmente útil. A menudo, alguien a quien habíamos formado era contratado por el gobierno para trabajar en oficinas de educación. Cuando supervisábamos a nuestros estudiantes en las escuelas, veía la participación, el entusiasmo y la energía de los niños, debido al hecho de que tenían profesores en quienes confiar. Se podían ver infinitas posibilidades de progreso para el futuro. Por lo tanto, era muy, muy útil para el país.

Tres guías eclesiales en visita a Sudán del Sur

El Papa, el arzobispo Welby y el moderador de la Iglesia presbiteriana sienten compasión por el pueblo de Sudán del Sur y desean mostrarles



su solidaridad, estar a su lado. Su visita es un increíble símbolo de apoyo. Aquellas personas e Iglesias que han rezado por la paz alimentan la esperanza de paz en este país joven y en dificultad. Los tres guías de diferentes Iglesias muestran que es posible que las personas se unan. Y si es posible que las Iglesias se unan, también es posible que las personas se unan para hacer crecer un país. Es un gesto con un alto valor simbólico y creo que la gente agradece mucho su visita.

Personas de fe extraordinaria

La gente de Sudán del Sur tiene una fe extraordinaria.

Cree en Dios; sabe que Dios la ama, y la visita del Papa es otra forma de experimentarlo. No solemos escuchar lo difícil que es en Sudán del Sur y que millones de personas actualmente corren el riesgo de morir de hambre. En esos días, la atención se centrará en la República Democrática del Congo y Sudán del Sur. Espero que esto genere conciencia sobre la difícil situación de los millones de personas en Sudán del Sur que sufren y necesitan la ayuda del mundo para avanzar de forma pacífica y productiva hacia el futuro.

#sistersproject

Audiencia a los representantes de las profesiones sanitarias técnicas de radiología, rehabilitación y prevención

La salud no es un lujo

«¡La salud no es un lujo! Un mundo que descarta a los enfermos, que no asiste a quien no puede permitirse los tratamientos, es un mundo cínico y no tiene futuro». Es el grito de denuncia lanzado por el Papa Francisco con ocasión de la audiencia a los miembros de la Federación italiana de las Órdenes de los Técnicos sanitarios de radiología médica y de las Profesiones sanitarias técnicas, de la rehabilitación y de la prevención, recibidos en audiencia la mañana del lunes 16 de enero, en la Sala Clementina.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días y bienvenidos!

Doy las gracias a la señora presidenta por sus palabras de saludo. Vosotros representáis a miles de profesionales sanitarios: este encuentro, por tanto, me ofrece la oportunidad de renovar mi cercanía y gratitud por lo que hacéis cotidianamente. Deseo daros las gracias por vuestro compromiso y vuestra dedicación, especialmente cuando están escondidos. Los profesionales sanitarios, en los últimos tres años, han vivido una experiencia muy particular, difícilmente imaginable, la de la pandemia. Se ha dicho otras veces, pero no hay que olvidarlo: sin vuestro compromiso y vuestros esfuerzos

muchos enfermos no se hubieran cuidados. El sentido del deber animado por la fuerza del amor os ha permitido prestar vuestra obra al servicio del prójimo, también poniendo en riesgo vuestra misma salud. Y con vosotros doy las gracias a todos los trabajadores sanitarios.

Dentro de menos de un mes, el 11 de febrero, se celebrará la Jornada Mundial del Enfermo, que siempre invita también a una reflexión sobre la experiencia de la enfermedad. Esto es hoy muy oportuno, incluso necesario, porque a menudo la cultura de la eficiencia y del descarte «nos empuja a negarla. No hay lugar para la fragilidad. Y, de este modo, el mal, cuando irrumpe y nos asalta, nos deja aturridos. Puede suceder, entonces, que los demás nos abandonen, o que nos parezca que debemos abandonarlos, para no ser una carga para ellos. Así comienza la soledad» (*Mensaje para la XXXI Jornada Mundial del Enfermo*).

En sentido contrario actúa la cultura del cuidado, personificada por el buen samaritano (cf. Lc 10, 25-37). No aparta la mirada, se acerca al herido con compasión y cuida a esa persona



que otros habían ignorado. Esta parábola indica una línea precisa de comportamiento. «Nos muestra con qué iniciativas se puede rechazar una comunidad a partir de hombres y mujeres que hacen propia la fragilidad de los demás, que no dejan que se erija una sociedad de exclusión, sino que se hacen prójimos y levantan y rehabilitan al caído, para que el bien sea común» (Enc. *Fratelli tutti*, 67).

Queridos amigos, vuestra profesión nace de una elección de valores. Con vuestro servicio contribuís a “levantar

tar y rehabilitar” a vuestros asistidos, recordando que ante todo son personas. De hecho, la persona debe estar siempre en el centro, en todos sus componentes, incluido el espiritual: una totalidad unificada, en la que las dimensiones biológica y espiritual, cultural y relacional, planificadora y ambiental del ser humano se armonizan a lo largo del camino de vida. Este principio, que es la base de la Constitución ética de vuestra Federación, orienta el camino y permite no ceder a estériles altos grados de eficiencia o a una aplicación fría de los

protocolos. Los enfermos son personas que piden ser cuidadas y sentirse cuidadas, y por eso es importante relacionarse con ellos con humanidad y empatía. Ciertamente con un alto nivel profesional, pero con humanidad y empatía.

Pero también vosotros, profesionales sanitarios, sois personas, y necesitáis que alguien cuide de vosotros, a través del reconocimiento de vuestro servicio, la tutela de condiciones adecuadas de trabajo y la implicación de un número apropiado de cuidadores, para que el derecho a la salud sea recono-

cido para todos. Corresponde a cada país trabajar para buscar «estrategias y de recursos, para que a todos los seres humanos se les garantice el acceso a la asistencia y el derecho fundamental a la salud» (*Mensaje para la XXXI Jornada Mundial del Enfermo*). ¡La salud no es un lujo! Un mundo que descarta a los enfermos, que no asiste a quien no puede permitirse los tratamientos, es un mundo cínico y no tiene futuro. Recordemos siempre esto: la salud no es un lujo, es para todos.

Os exhorto a mirar siempre a los valores éticos como referencia indispensable para vuestras profesiones. Los valores, si son bien asimilados y unidos al saber científico y a las necesarias competencias, permiten acompañar en el mejor de los modos a las personas que se os encomiendan.

Queridos humanos y hermanas, os acompañe la Virgen María, que el Evangelio nos presenta como mujer atenta, que se da prisa para ayudar a su pariente Isabel. Vele sobre vosotros y sobre vuestro trabajo. De corazón os bendigo a vosotros y a vuestras familias. Y os pido por favor que recéis por mí. ¡Gracias!

El discurso a los dirigentes y personal de la Comisaría de Seguridad Pública junto al Vaticano

Escuchar y ayudar con amabilidad significa trabajar por la paz

Escuchar y ayudar a las personas «con amabilidad» representa «una forma concreta de ser trabajadores de paz, «artesanos» de paz». Lo recordó el Papa Francisco a los dirigentes y al personal de la Comisaría de seguridad pública en el Vaticano, recibiendo en audiencia el jueves 22 de enero, en la Sala Clementina.

¡Señor jefe de la Policía, señor prefecto y señor dirigente, queridos funcionarios y agentes!

Os doy la bienvenida a este tradicional encuentro, en el que se intercambian las felicitaciones al inicio del nuevo año. Doy las gracias vivamente al jefe de la policía por las cortes palabras y os saludo a todos vosotros, componentes de la comisaría de seguridad pública en el Vaticano. Mi pensamiento va también a vuestras familias, a los colegas que no están presentes, como también, con reconocimiento, a los capellanes, que os acompañan espiritualmente en vuestro camino cotidiano.

Este encuentro me ofrece la oportunidad de renovar a cada uno de vosotros la expresión de mi sentida gratitud por el servicio que desarrolláis con abnegación y espíritu de sacrificio. Y



pienso en los días de calor, calor, calor y en los días fríos, fríos, fríos... ¿Vosotros entendéis bien, verdad? Vuestra presencia en la plaza de San Pedro y en el área adyacente al Vaticano es muy importante para la tutela del orden público. Estoy admirado por el trabajo realizado durante los encuentros de los fieles y de los peregrinos, que llegan de todo el mundo para encontrar al Papa y para visitar la tumba del apóstol Pedro y rezar sobre las de sus sucesores, la mayor parte de las cuales se encuentra en la Basílica Vaticana.

Y no puedo olvidar, además, vuestro empeño generoso en ocasión de mis desplazamientos en la ciudad de Roma y en las visitas pastorales en Italia. Por to-

do esto reitero de corazón mi estima y mi aprecio por la disponibilidad y por el servicio atento y cualificado. Os confío algo: me avergüenzo de molestaros tanto, quisiera ir solo... Me avergüenzo, pero ¡gracias!, se debe hacer. Este servicio, mientras obedece a vuestras tareas como funcionarios del Estado Italiano, manifiesta también las buenas relaciones que existen entre Italia y la Santa Sede.

Queridos amigos, os animo a perseverar en los ideales y en los propósitos que inspiran vuestra vida y vuestro comportamiento en el ejercicio de las delicadas tareas encomendadas a vosotros. Deseo que vuestro trabajo, no pocas veces logrado con sacrificios y riesgos, siempre esté ani-

mado por el deseo de ayudar al prójimo y la colectividad. El nacimiento del Señor Jesús, que hemos celebrado hace poco, pueda tener siempre vivo en vosotros el sentido cristiano de la fraternidad y de la solidaridad. Os invito a redescubrir la belleza y la fuerza siempre nueva del Evangelio, y a hacerlo entrar de forma incisiva en vuestras conciencias y en vuestra vida, testimoniando con valentía el amor de Dios en todo ambiente, también en el del trabajo. La fuerza del Evangelio. Para entender el Evangelio hay que leerlo. Me permito daros un consejo: tened un pequeño Evangelio, pequeño y de bolsillo. Llevadlo en el bolsillo, llevadlo en el bolso y después cuando estáis por aquí, por allá, y tenéis un poco de tiempo, leéis un poquito. Todos los días algún contacto con el Evangelio. Si uno lo tiene consigo, es más fácil. Y esto siembra el alma de cosas buenas y lentamente llena el alma de las palabras de Jesús. Esto es un consejo, vosotros veréis.

En el Mensaje con ocasión de la reciente Jornada mundial de la Paz he subrayado que, también cuando los eventos de nuestra existencia y de la historia están

lamentablemente cargados de dificultades y a veces dramáticos «estamos llamados a mantener el corazón abierto a la esperanza, confiando en Dios que se hace presente, nos acompaña con ternura, nos sostiene en la fatiga y, sobre todo, guía nuestro camino» (n. 1). También vuestro servicio puede ser signo de la cercanía de Dios a los hermanos y a las hermanas que cada día encontráis y que esperan de vosotros un gesto de cortesía y de acogida. Esta es una forma concreta de ser trabajadores de paz, «artesanos» de paz. Este recibir a la gente, escuchar a la gente, ayudar a la gente, con amabilidad. ¡Y qué necesidad hay de

personas que trabajen por la paz no con palabras bonitas, sino con los hechos, desarrollando con cuidado el propio deber al servicio del bien común!

Con estos deseos, quiero felicitar por el nuevo año a cada uno de vosotros y a vuestros familiares. Os encomiendo a todos vosotros a la materna protección de la Virgen Santísima y de San Miguel Arcángel, para que intercedan ante el Señor y os concedan prosperidad y concordia y os custodien de todo peligro. Os acompaño siempre mi bendición que imparto de corazón a cada uno de vosotros y a vuestras familias. Y por favor, no os olvidéis de rezar por mí. ¡Gracias!

En el discurso entregado a las hermanas del Servicio social

Enfrentar los desafíos de la sociedad con el arma de la caridad

Siguiendo el ejemplo de las primeras hermanas - en los años del nazismo se comprometieron a «proteger a los judíos, incluso a riesgo de sus propias vidas» - también hoy las Hermanas del Servicio social están llamadas a «enfrentar los desafíos» de la sociedad «con la única arma de la caridad». Lo subrayó el Papa en el discurso preparado y entregado la mañana del viernes 20 de enero - durante la audiencia que se celebró en la Biblioteca privada - a un grupo de religiosas del instituto fundado hace un siglo por la húngara Margit Slachta.

Estimada Madre general,

queridas Hermanas del Servicio Social:

Nos convoca hoy aquí la celebración del primer centenario de su fundación. Es ciertamente un evento muy especial para ustedes y, por ello, han querido celebrarlo junto a la tumba del apóstol Pedro. Quiero asegurarles que también lo es para la Iglesia, porque todo carisma es para ella un don de Dios que, a través de su Espíritu Santo, le concede aquellas gracias que más se necesitan en cada momento histórico.

Y aquí está el misterio, los regalos que recibimos de las personas, aquello que podemos confeccionar con nuestras propias fuerzas, envejece y se estropea. Sin embargo, los dones del Espíritu tienen una vida siempre nueva, y en cada circunstancia de tiempo y lugar se regeneran y se reinventan, siendo a la vez fieles a su raíz.

De este modo podemos ver el carisma que hace 100 años recibió su fundadora, Margarita Slachta, y que, a través del tiempo y del magisterio social de la Iglesia, se ha ido adaptando a los distintos escenarios políticos y sociales, hasta llegar a nuestros días. Me ha sorprendido que incluso ya consagrada, vuestra fundadora mantuviese un compromiso político tan activo. Es impresionante la afirmación, durante el holocausto, de que los preceptos de la fe obligaban a las hermanas a proteger a los judíos, incluso a riesgo de sus propias vidas.

Es una verdad que nos cuesta admitir: muchos mártires murieron por la fe, no en base a la negación de una mera libertad de rendir culto a su Dios, sino por la coherencia de vida que esta fe les imponía y, por ende, de la defensa de la libertad, la justicia y la verdad. Puede parecer sorprendente, pero la primera prueba de ello es el martirio de san Juan Bautista. El profeta murió por reprochar al tirano que no vivía según la ley divina, por invitar al pueblo a renegar de ese sistema perverso que lo alejaba de la voluntad de Dios, y en ello fue testigo -mártir- de la Verdad con mayúsculas.

Aquellas circunstancias de principios del siglo pasado, con los cambios sociales que dieron paso a las guerras mundiales, fueron momentos cruciales, en los que Dios alentó el nacimiento de vuestra Sociedad. No lo son menos los tiempos actuales, y hoy, como entonces, el llamado a ser testigos sigue vigente. Qué bueno sería si resonaran en sus corazones las palabras de Margarita con la misma intensidad que seguramente tuvieron en aquellas primeras hermanas. Son para ustedes un estímulo, que les enseña a enfrentar los desafíos sociales como ellas lo hicieron contra el nazismo, con la única arma de la caridad.

Queridas hermanas, vuestra fundadora, la Iglesia, el Espíritu Santo nos interpelan, reiterando siempre la misma verdad, no hay amor más grande que dar la vida por los demás. La caridad social, que evoqué en la Encíclica *Fratelli tutti*, y que permea los escritos de Margarita Slachta, son prueba de esa perenne novedad. Que Dios nos dé la fuerza para ser testigos de ese amor, de esa verdad y de esa justicia, en la vocación a la que nos ha llamado. Se lo pedimos por intercesión de la beata Sara Salkaházi. Que Jesús las bendiga y la Virgen Santa las cuide.

Audiencia a los monjes budistas del país asiático

En diálogo por la sanación social y la reconstrucción de Camboya

«Las importantes contribuciones que, inspiradas por las creencias religiosas y de las tradiciones espirituales» es posible ofrecer a Camboya «en su camino de sanación social y reconstrucción económica, después de las crisis socio-políticas de los últimos decenios» fueron subrayadas por el Papa Francisco en el discurso a los monjes budistas del país asiático recibidos en audiencia la mañana del jueves 19 de enero, en la biblioteca privada del Palacio apostólico. La delegación camboyana estaba acompañada por el cardenal Miguel Angel Ayuso Guixot y monseñor Indunil J. Kodithuwakku K., prefecto y secretario del Dicasterio para el diálogo interreligioso.

Eminencia,

queridos hermanos, ¡buenos días! Dirijo una calurosa bienvenida a vuestra delegación, queridos amigos budistas, así como a los representantes de la sociedad civil camboyana. Estoy agradecido por esta visita, que busca consolidar vuestra amistad duradera como líderes religiosos comprometidos para mejorar la cooperación interreligiosa, un elemento importante de la sociedad, que permite a las personas vivir pacíficamente como hermanos y hermanas, reconciliados entre ellos y con el ambiente en el que viven.

En un momento en el cual la familia humana y nuestro planeta se encuentran frente a graves amenazas, habéis elegido oportunamente la «Conversión ecológica» como tema de nuestro encuentro. Este es un signo positivo de la creciente sensibilidad y preocupación por el bienestar de la Tierra, nuestra casa común, y por las importantes contribuciones que, inspirados por las creencias religiosas y de las tradiciones espirituales, podéis ofrecer a vuestro noble país en su camino de sanación social y reconstrucción económica, después de las crisis socio-políticas de los últimos decenios.

La pobreza y la falta de respeto por la dignidad de los marginados causan mucho sufrimiento y desaliento en nuestro tiempo; por eso se deben contrarrestar con

procesos concertados que promuevan la conciencia de la fragilidad radical de nuestros contextos ambientales. Es urgente buscar, a través del diálogo a todos los niveles, soluciones integradas basadas en el respeto de la interdependencia fundamental entre la familia humana y la naturaleza. Por este motivo, siguiendo el recorrido marcado por mis predecesores, he seguido instando al cuidado de nuestra casa común, un cuidado que es también «vocación al respeto. Respeto por la creación, respeto por el prójimo, respeto por



sí mismos y respeto hacia al Creador» (Discurso a los participantes del encuentro «Fe y ciencia: hacia COP26», 4 de octubre de 2021). Pero esto no puede suceder sin un cambio del corazón, de la visión y de las costumbres.

La conversión ecológica sucede cuando se reconocen las raíces humanas de la actual crisis ambiental; cuando el verdadero arrepentimiento lleva a frenar o detener tendencias, ideologías y prácticas nocivas e irrespetuosas de la creación y cuando las personas se comprometen a promover modelos de desarrollo que curen las heridas infligidas por la avaricia, la búsqueda desmedida de ganancias económicas, la falta de solidaridad con el prójimo y la falta de respeto por el medioambiente. La conversión ecológica busca «convertir en

sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar» (Enc. *Laudato si'*, 19). Nos llama «a cambiar de marcha, a modificar las malas costumbres para poder soñar, para crear y actuar juntos en la realización de un futuro justo y equitativo» (*Prefacio a Laudato si' Reader*, 13).

El diálogo desvela la profunda riqueza que nuestras respectivas tradiciones religiosas ofrecen en apoyo de los esfuerzos para cultivar la responsabilidad ecológica.

Siguiendo los principios que Buda dejó en herencia a sus discípulos (*Pratimoksa*), entre los cuales la práctica llamada «metta», que consiste en no dañar a los seres vivos (cfr *Metta Sutta* sn 1.8), y viviendo un estilo de vida sencillo, los budistas pueden adquirir una actitud compasiva hacia todos los seres humanos, incluida la tierra, su hábitat. Por su parte, los cristianos cumplen su

responsabilidad ecológica cuando, como custodios de confianza, protegen la creación, la obra que Dios ha encomendado al hombre para que la cultivara y la custodiara (cfr *Gen 2,15; Laudato si'*, 95; 217).

Os doy las gracias nuevamente por vuestra visita, muy apreciada, y deseo que la estancia en Roma sea agradable y enriquecedora. También estoy seguro de que el encuentro con los oficiales del Dicasterio para el Diálogo Interreligioso ofrecerá la oportunidad de explorar posteriores modos para promover la conversión ecológica a través de las iniciativas emprendidas por el diálogo budista-cristiano tanto en Camboya como en toda la región.

Sobre vosotros y sobre todos los habitantes de vuestro noble país invoco abundantes bendiciones del Cielo.

El llamamiento de Francisco durante la audiencia al Instituto Europeo de Estudios Internacionales de Salamanca

La guerra es un fracaso de la política y de la humanidad

Una invitación a reaccionar contra la guerra, que «es un fracaso de la política, un fracaso de la humanidad» fue dirigida por el Papa a la delegación del Instituto Europeo de Estudios Internacionales de Salamanca, recibidos el jueves 26 de enero en la Biblioteca privada del Palacio Apostólico vaticano.

Eminencia, queridos hermanos y hermanas: Gracias por venir, es un gusto volver a recibirlos en esta casa y compartir con ustedes el fruto de las investigaciones en torno a la realidad política y social actual. Roma fue desde hace milenios crisol de culturas y gentes. Por aquí pasó todo el mundo y se fusionó, un crisol. Era heredera de esta vocación universal, la Sede de Pedro ha estado siempre atenta a las vicisitudes de todos los pueblos, a sus esfuerzos y sus dificultades por conseguir una vida mejor, buscando que alcancen la paz que el Señor



prometió a sus discípulos (cf. *Jn* 14,26-27). Esa paz no sólo supera a la que podemos alcanzar con medios puramente humanos, sino que además nos interpela para que esta última no se ba-

se simplemente en equilibrios de poder o en el silenciamiento de las justas demandas de los menos favorecidos. Con todo, la paz entre los hombres es un bien esencial por el que debemos trabajar con denu-

do y suplicar con fervor a Dios. Esa [es la] actitud de pacificar, [y] la paz será el resultado. Pero esa actitud de pacificar siempre [es] tan humana pero tan difícil, porque la primera reacción que tene-

mos es agarrar la piedra y tirársela al otro, declarar la guerra, y después negociar. ¡No! Pacificar es más fácil, se ahorran dos pasos. Por desgracia, la situación actual nos trae a la memoria algo que está en *Fratelli tutti*: «Toda guerra deja al mundo peor de como lo había encontrado. La guerra es un fracaso de la política, una claudicación vergonzosa, una derrota frente a las fuerzas del mal» (cf. n. 261). Si pensamos que en este siglo último hubo tres guerras mundiales, 14 al 18, 39 al 45 y esta actual, que es una guerra mundial. ¿Cómo entendemos esto? Si pensamos que el budget más importante es la fabricación de armas, y con un año que no se fabriquen armas se resuelve el problema del hambre en todo el mundo. O sea, tenemos ya una orientación belicista de destrucción, y si pensamos que

hoy día la técnica de las armas llega a un punto que con una sola bomba se puede destruir una ciudad entera como ésta, ¿qué esperamos? Parece que no se entiende hacia dónde estamos caminando. Por eso la lucha por el entendimiento humano y por la paz tiene que ser incansable, no podemos permitirnos tomar vacaciones de esto. La guerra es terrible. Sin embargo, no debemos darnos por vencidos, de esas cenizas que estamos viendo hoy ya puede brotar algo nuevo, de este fracaso podemos encontrar una lección de vida. [Hay que] leer las guerras anteriores. Cuando en el 2014 fui a Redipuglia por el centenario, vi esas tumbas y se me revolvió algo adentro, lloré como un chico. Todos los 2 de noviembre voy a un cementerio a celebrar. Un año fui a Anzio, al cementerio americano. En Anzio fue uno de los desembarcos y vi la edad de los soldados, 20, 21, 19, 22, y se me revolvió. No aprendemos. Hace poco tiempo —no sé cuánto, hace un par de años— se conmemoró el septuagésimo [aniversario] del desembarco en Normandía. Se juntaron varios jefes de gobierno para conmemorar eso, que fue el inicio del fin del nazismo, o sea, la liberación de Europa. Pero nadie se acordó que sobre las playas de Normandía quedaron treinta mil muchachos, ¡treinta mil! Yo pienso en las mamás: «una carta, señora». Abre la carta: «Tengo el honor de comunicarle que usted es mamá de un héroe que ha dado la vida por la patria», y una medalla. Es el drama de la guerra, ¿cuándo lo vamos a entender? En el viaje que hice a Rumanía y a Eslovaquia, cuando pasaba por los pueblos estaba la gente ahí saludando, chicos, chicas, matrimonios jóvenes, hombres jóvenes, mujeres jóvenes, pero de cierta edad son mujeres; hombres ancianos casi no había: la guerra. Es muy duro esto. Creo que tenemos que reaccionar, la guerra es terrible. Y tenemos que hacer algo nuevo de este fracaso, encontrar una lección de vida. Y lo que parece una derrota y un motivo de oprobio puede, como el escándalo de la cruz, convertirse en una victoria. ¿Cómo? Si con nuestra oración y con nuestro trabajo, nuestro trabajo de mentalización, somos capaces de aportar soluciones, concitar voluntades, dar testimonio de que el amor, la fraternidad y el verdadero humanismo que nace de la fe vence al odio, al rechazo y a la brutalidad. Por favor. Y ese el reto que ustedes se han propuesto y yo les agradezco este deseo de aportar desde su ciencia elementos válidos que ayuden a todos a avanzar por el camino de la fraternidad, por el camino de la paz, de la unidad humana. Que Dios los bendiga. Y gracias por lo que están haciendo, gracias. Y sigamos adelante sin desanimarnos. Gracias.

Oponernos a la guerra, a la violencia y a la injusticia

VIENE DE LA PÁGINA 1

«¡No puedo aguantar el delito y la fiesta! [...] ¡las manos de ustedes están llenas de sangre! [...] ¡Aparten de mi vista la maldad de sus acciones!» (*Is* 1,13.15.16). El Señor está «enfadado» por la violencia cometida contra el templo de Dios que es el hombre, mientras es honrado en los templos construidos por el hombre. Podemos imaginar con cuánto sufrimiento ha de presenciar guerras y acciones violentas realizadas por quien se profesa cristiano. Viene a la mente aquel episodio en el que un santo, con el fin de protestar contra la crueldad del rey, fue a verlo durante la Cuaresma para ofrecerle carne. Cuando el soberano, en nombre de su religiosidad, la rechazó indignado, el hombre de Dios le preguntó por qué le daba escrúpulo comer carne animal, cuando en cambio no titubeaba en entregar a la muerte a hijos de Dios.

Hermanos y hermanas, esta amonestación del Señor nos hace pensar mucho, como cristianos y como confesionistas cristianas. Quisiera reiterar que «hoy, con el desarrollo de la espiritualidad y de la teología, no tenemos excusas. Sin embargo, todavía hay quienes parecen sentirse alentados o al menos autorizados por su fe para sostener diversas formas de nacionalismos cerrados y violentos, actitudes xenófobas, desprecios e incluso maltratos hacia los que son diferentes. La fe, con el humanismo que encierra, debe mantener vivo un sentido crítico frente a estas tendencias, y ayudar a reaccionar rápidamente cuando comienzan a insinuarse» (Carta enc. *Fratelli tutti*, 86). Si queremos, a ejemplo del apóstol Pablo, que la gracia de Dios en nosotros no sea estéril (cf. 1 Co 15,10), hemos de oponernos a la guerra, a la violencia y a la injusticia en todo lugar donde se insinúen. El tema de esta semana de oración fue elegido por un grupo de fieles de Minnesota, conscientes de las injusticias cometidas en el pasado respecto a los pueblos indígenas y contra los afroamericanos en nuestros días. Frente a las diversas formas de desprecio y racismo; frente a la comprensión errónea e indiferente y a la violencia sacrilega, la Palabra de Dios

nos amonesta: «¡Aprendan a hacer el bien! ¡Busquen el derecho!» (*Is* 1,17). En efecto, no es suficiente denunciar; es necesario también renunciar al mal, pasar del mal al bien. La amonestación, por tanto, está encaminada a nuestro cambio.

2. Cambio. Habiendo diagnosticado los errores, el Señor pide remediarlos y, por medio del profeta, dice: «¡Lávense, purifíquense! [...] ¡Cesen de hacer el mal!» (v. 16). Y sabiendo que estamos oprimidos o como paralizados por tantas culpas, promete que Él lavará nuestros pecados: «Vengan y discutamos —dice el Señor—: Aunque sus pecados sean como la escarlata, se



volverán blancos como la nieve; aunque sean rojos como la púrpura, serán como la lana» (v. 18). Queridos hermanos y hermanas, por nosotros mismos no somos capaces de liberarnos de nuestras malas comprensiones de Dios y de la violencia que se incuba en nuestro interior. Sin Dios, sin su gracia, no nos curamos de nuestro pecado. Su gracia es la fuente de nuestro cambio. Nos lo recuerda la vida del apóstol Pablo, que hoy recordamos. No podemos lograrlo nosotros solos, pero con Dios todo es posible; solos no podemos, pero juntos es posible. En efecto, el Señor pide a los suyos que se conviertan, juntos. La conversión —esta palabra que se repite tanto, pero que no siempre es fácil de entender— se pide al pueblo; tiene una dinámica comunitaria, eclesial. Por tanto, creamos que también nues-

tra conversión ecuménica avanza en la medida en que nos reconocemos necesitados de gracia; necesitados de la misma misericordia; sabiendo que todos dependemos en todo de Dios, nos sentiremos y seremos, con su ayuda, verdaderamente uno (cf. *Jn* 17,21), hermanos de verdad.

Qué hermoso es que juntos, en el signo de la gracia del Espíritu, nos abramos a este cambio de perspectiva, redescubriendo que «todos los fieles dispersos por el orbe comunican con los demás en el Espíritu Santo, y así —como escribió San Juan Crisóstomo—, quien habita en Roma sabe que los de la India son miembros suyos»

Que el apóstol Pablo nos ayude a cambiar, a convertirnos; que nos dé un poco de su valentía indómita. Porque, en nuestro camino, es fácil trabajar por el propio grupo más que por el Reino de Dios, impacientarse, perder la esperanza de que llegue aquel día en que «todos los cristianos se congreguen en una única celebración de la Eucaristía, en orden a la unidad de la una y única Iglesia, a la unidad que Cristo dio a su Iglesia desde un principio» (Decr. *Unitatis redintegratio*, 4). Pero justamente en vista de ese día, volvamos a poner nuestra confianza en Jesús, nuestra Pascua y nuestra paz. Mientras le rezamos y lo adoramos, Él obra. Y nos conforta lo que dijo a Pablo, y que podemos sentir dirigido a cada uno de nosotros: «Te basta mi gracia» (2 Co 12,9).

Queridos hermanos y hermanas, quise compartir, en espíritu fraterno, estos pensamientos que la Palabra me ha suscitado, para que, amonestados por Dios, por su gracia cambiemos y crezcamos en la oración, el servicio, el diálogo y el trabajo juntos hacia aquella plena unidad que Cristo desea. Ahora quisiera agradecerles de corazón, expresando mi reconocimiento a Su Eminencia, el Metropolitano Policarpo, Representante del Patriarcado Ecuménico; a Su Gracia Ian Ernest, Representante personal del Arzobispo de Canterbury en Roma; y a los representantes de las demás comunidades cristianas presentes. Expreso una profunda solidaridad a los miembros del Consejo Panucraniano de las Iglesias y de las Organizaciones Religiosas. En particular, saludo a los estudiantes ortodoxos y ortodoxos orientales, a los becarios del Comité de colaboración cultural con las Iglesias Ortodoxas ante el Dicasterio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y a los miembros del Instituto Ecuménico de Bossey del Consejo Ecuménico de las Iglesias. También saludo cordialmente a Frère Alois y a los hermanos de Taizé, comprometidos en la preparación de la Vigilia ecuménica de oración que precederá la apertura de la próxima sesión del Sínodo de los obispos. Todos juntos caminemos por el camino que el Señor nos ha puesto delante, el de la unidad.

(*Lumen gentium*, 13; In Io. hom. 65,1). En este camino de comunión, estoy agradecido de que tantos cristianos de varias comunidades y tradiciones estén acompañando, con participación e interés, el camino sinodal de la Iglesia católica, que deseo que sea cada vez más ecuménico. Pero no olvidemos que caminar juntos y reconocernos en comunión los unos con los otros en el Espíritu Santo implica un cambio, un crecimiento que sólo puede suceder, como escribía Benedicto XVI, «a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo» (Carta enc. *Deus caritas est*, 18).

El Papa prosigue sus reflexiones sobre el celo apostólico e indica a Jesús como maestro del anuncio

La última palabra no es el pecado sino la mano tendida de Jesús



«Yo puedo pecar porque soy débil. Cada uno de nosotros puede hacerlo, pero esta no es la última palabra. La última palabra es la mano tendida» de Cristo que «nos levanta»: lo subrayó el Papa en la audiencia general de la mañana del 25 de enero, en el Aula Pablo VI. Prosiguiendo el ciclo de catequesis sobre «La pasión por la evangelización: el celo apostólico del creyente», el Pontífice se detuvo en el tema: «Jesús, maestro del anuncio». A continuación su reflexión.

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El miércoles pasado reflexionamos sobre Jesús modelo del anuncio, sobre su corazón pastoral siempre dirigido a los demás. Hoy nos fijamos en Él como maestro del anuncio. Dejémosnos guiar por el episodio en el que predica en la sinagoga de su pueblo, Nazaret. Jesús lee un pasaje del profeta Isaías (cfr. 61,1-2) y después sorprende a todos con una «predicación» muy breve, de una sola frase, una sola frase. Y dice así: «Esta escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy» (Lc 4,21). Esta fue la predicación de Jesús: «Esta escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy». Esto significa que para Jesús ese pasaje profético contiene lo esencial de lo que Él quiere decir de sí. Por tanto, cada vez que nosotros hablamos de Jesús, deberíamos recalcar su primer anuncio. Veamos entonces en qué consiste este primer anuncio. Se pueden identificar cinco elementos esenciales.

El primer elemento es la alegría. Jesús proclama: «El Espíritu del Señor sobre mí, [...] me ha enviado para anunciar a los pobres la Buena Nueva» (v. 18), es decir un anuncio de leticia, de alegría. Buena Nueva: no se puede hablar de Jesús sin alegría, porque la fe es una estupenda historia de amor para compartir. Testimoniar a Jesús, hacer algo por los otros en su nombre, es decir entre las líneas de la vida haber recibido un don tan hermoso que ninguna palabra basta para expresarlo.

Sin embargo, cuando falta la alegría, el Evangelio no pasa, porque este lo dice la palabra misma es buena nueva, y Evangelio quiere decir buena nueva, anuncio de alegría. Un cristiano triste puede hablar de cosas muy hermosas, pero todo es vano si el anuncio que transmite no es alegre. Decía un pensador: «un cristiano triste es un triste cristiano»: no olvidar esto.

Vamos al segundo aspecto: la liberación. Jesús dice que ha sido enviado «a proclamar la liberación a los cautivos» (ibid.). Esto significa que quien anuncia a Dios no puede hacer proselitismo, no, no puede presionar a los otros, sino aligerarlos: no imponer pesos, sino aliviar de ellos; llevar paz, no llevar sentimientos de culpa. Certo, seguir a Jesús conlleva una ascesis, conlleva sacrificios; por otro lado, si cualquier cosa hermosa lo requiere, ¡mucho más la realidad decisiva de la vida! Pero quien testimonia a Cristo muestra la belleza de la meta, más que la fatiga del camino. Nos habrá sucedido contarle a alguien sobre un bonito viaje que hemos hecho. Por ejemplo, habremos hablado de la belleza de los lugares, de lo que hemos visto y vivido, no del tiempo que tardamos en llegar ni de las colas del aeropuerto, ¡no! Así cada anuncio digno del Redentor debe comunicar liberación. Como el de Jesús. Hoy hay alegría, porque he venido a liberar.

Tercer aspecto: la luz. Jesús dice que ha venido a traer «la vista a los ciegos» (ibid.). Llama la atención que, en toda la Biblia, antes de Cristo, nunca aparece la curación de un ciego, nunca. De hecho, era un signo prometido que llegaría con el Mesías. Pero aquí no se trata solo de la vista física, sino de una luz que hace ver la vida de forma nueva. Hay un «venir a la luz», un renacimiento que sucede solo con Jesús. Si lo pensamos, así empezó para nosotros la vida cristiana: con el Bautismo, que antiguamente se llamaba precisamente «iluminación».

¿Y qué luz nos dona Jesús? Nos trae la luz de la filiación: Él es el Hijo amado del Padre, viviente para siempre; y con Él también nosotros somos hijos de Dios amados para siempre, a pesar de nuestros errores y defectos. Entonces la vida ya no es un ciego avanzar hacia la nada, no: no es cuestión de suerte o fortuna. No es algo que dependa de la casualidad o de los astros, y tampoco de la salud o de las finanzas, no. La vida depende del amor, del amor del Padre, que cuida de nosotros, sus hijos amados. ¡Qué hermoso es compartir con los otros esta luz! ¿Habéis pensado que la vida de cada uno de nosotros mi vida, tu vida, nuestra vida es un gesto de amor? ¿Es una invitación al amor? ¡Esto es maravilloso! Pero muchas veces lo olvidamos, frente a las dificultades, a las malas noticias, también frente y esto es feo a la mundanidad, la forma de vivir mundana.

Cuarto aspecto del anuncio: la sanación. Jesús dice que ha venido «para dar libertad

a los oprimidos» (ibid.). Oprimido es quien en la vida se siente aplastado por algo que sucede: enfermedades, fatigas, angustias, sentimientos de culpa, errores, vicios, pecados... Oprimidos por esto: pensemos, por ejemplo, en los sentimientos de culpa por eso, por lo otro... Lo que nos oprime, sobre todo, es precisamente ese mal que ninguna medicina o remedio humano puede resanar: el pecado. Y si uno tiene sentido de culpa por algo que ha hecho, y este se siente mal... Pero la buena noticia es que con Jesús este mal antiguo, el pecado, que parece invencible, ya no tiene la última palabra. Yo puedo pecar porque soy débil. Cada uno de nosotros puede hacerlo, pero esta no es la última palabra. La última palabra es la mano tendida de Jesús que nos levanta del pecado. Y padre, ¿esto cuándo lo hace? ¿Una vez? No. ¿Dos? No. ¿Tres? No. Siempre. Cada vez que tú estás mal, el Señor siempre tiene la mano tendida. Solamente hay que aferrarse y dejarse llevar. La buena

El Papa recibe al Consejo Panucraniano de las Iglesias y de las Organizaciones Religiosas



Antes de la audiencia general del miércoles 25 de enero, el Papa Francisco recibió en la sala del Aula Pablo VI a un delegación del Consejo Panucraniano de las Iglesias y de las Organizaciones Religiosas.

noticia es que con Jesús este mal antiguo ya no tiene la última palabra: la última palabra es la mano tendida de Jesús que te lleva adelante. Jesús nos sana del pecado siempre. ¿Y cuánto debo pagar por la sanación? Nada. Nos sana siempre y gratuitamente. Invita a los que están «fatigados y sobrecargados» lo dice el Evangelio a ir a Él (cfr. Mt 11,28). Y entonces acompañar a alguien al encuentro con Jesús es llevarle al médico del corazón, que levanta la vida. Es decir: «Hermano, hermana, yo no tengo respuesta a muchos de tus problemas, pero Jesús te conoce, Jesús te ama, te puede sanar y serenar el corazón». Quien lleva pesos necesita una caricia sobre el pasado. Muchas veces oímos: «Pero yo necesitaría sanar mi pasado... necesito una caricia sobre ese pasado que me pesa tanto...». Necesita perdón. Y quien cree en Jesús tiene precisamente eso para donar a los otros: la fuerza del perdón, que libera el alma de toda deuda. Hermanos, hermanas, no lo olvidéis: Dios lo olvida todo. ¿Por qué? Sí, olvida todos nuestros pecados, de ellos no tiene memoria. Dios perdona todo porque olvida nuestros pecados. Solamente hay que acercarse al Señor y Él nos perdona todo. Pensad en algo del Evangelio, de ese que ha empezado a hablar: «¡Señor, he pecado!». Ese hijo... Y el padre le pone la mano en la boca. «No, está bien, nada...». No le deja terminar... Y esto es hermoso. Jesús nos espera para perdonarnos, para resanarnos. ¿Y cuánto? ¿Una vez? ¿Dos veces? No. Siempre. «Pero padre, yo hago las mismas cosas siempre...». Y también él hará las mismas cosas siempre: perdonarte, abrazarte. Por favor, no desconfiemos de esto. Así se ama al Señor. Quien lleva pesos y necesita una caricia sobre el pasado, necesita perdón, que sepa que Jesús lo hace. Y es esto lo que da Jesús: liberar el alma de toda deuda. En la Biblia se habla de un año en el que se era liberado del peso de las deudas: el Jubileo, el año de gracia. Es como el último punto del anuncio.

Jesús, de hecho, dice que ha venido «a proclamar un año de gracia del Señor» (Lc 4,19). No era un jubileo programado, como los que estamos haciendo ahora, que todo está programado y se piensa en qué hacer, qué no hacer... No. Pero con Cristo la gracia que hace nueva la vida llega y asombra siempre. Cristo es el Jubileo de cada día, de cada hora, que se acerca a ti, para acariciarte, para perdonarte. Y el anuncio de Jesús debe llevar siempre el asombro de la gracia. Este asombro... «No me lo puedo creer, he sido perdonado, he sido perdonada». ¡Pero tan grande es nuestro Dios! Porque no somos nosotros los que hacemos grandes cosas, sino que es la gracia del Señor que, también a través de nosotros, realiza cosas imprevisibles. Y estas son las sorpresas de Dios. Dios es un maestro de las sorpresas. Siempre nos sorprende, siempre nos espera. Nosotros llegamos y Él está esperando. Siempre. El Evangelio va acompañado de un sentido de maravilla y de novedad que tiene un nombre: Jesús.

Él nos ayude a anunciarlo como desea, comunicando alegría, liberación, luz, sanación y asombro. Así se comunica Jesús.

Una última cosa: esta buena nueva, que dice el Evangelio, está dirigida «a los pobres» (v. 18). A menudo nos olvidamos de ellos, sin embargo, son destinatarios mencionados explícitamente, porque son los predilectos de Dios. Acordémonos de ellos y recordemos que, para acoger al Señor, cada uno de nosotros debe hacerse «pobre dentro». Con esa pobreza que hace decir: «Señor necesito perdón, necesito ayuda, necesito fuerza». Esta pobreza que todos nosotros tenemos: hacerse pobre dentro. Se trata de vencer toda pretensión de autosuficiencia para saberse necesitado de gracia, y siempre necesitado de Él. Si alguien me dice: Padre, pero ¿cuál es la vía más breve para encontrar a Jesús? Hazte necesitado. Hazte necesitado de gracia, necesitado de perdón, necesitado de alegría. Y Él se acercará a ti.

El «exterminio de millones de personas judías y de otras religiones no puede ser ni olvidado ni negado»: lo subrayó el Papa recordó, al finalizar la catequesis, el Día internacional de conmemoración en memoria de las víctimas del holocausto que se celebra el 27 de enero. Al saludar a los grupos de fieles presentes, el Pontífice también habló del octavario ecuménico que terminaba ese día. Finalmente la audiencia general concluyó con el canto del Pater Noster y la bendición apostólica.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua española. Hoy celebramos la Conversión del apóstol san Pablo y concluimos la Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos. En este día tan especial, pidamos a Jesús maestro que nos enseñe a ser artesanos de comunión, anunciándolo con alegría y sencillez de corazón. Que Dios los bendiga. Muchas gracias.

Pasado mañana, 27 de enero, se celebra el Día internacional de conmemoración en memoria de las víctimas del holocausto. El recuerdo de aquel exterminio de millones de personas judías y de otras religiones no puede ser ni olvidado ni negado. No puede haber un empeño contante en el construir juntos la fraternidad sin disipar primero las raíces de odio y de violencia que han alimentado el horror del holocausto.